La Novela Cómica

El brillo de los caireles

Antonio Asenjo

Angel Torres del Álamo

20 cts.

Relación de los números publicados por

"La Novela Cómica"

1 *El amigo Melquiades,* por Carlos Arniches.

2 *El modelo de virtudes,* por Pedro Muñoz Seca.

3 *La familia de la Sole; El porvenir del niño,* por Antonio Casero.

4 *Las pecadoras,* por Antonio Asenjo y Angel Torres del Alamo.

5 *La sobresalienta,* por Jacinto Benavente.

6 *Una pasión y un frac,* por Fernando Luque.

7 *El orgullo de Albaçete,* por Paso y Abati.

8 *Lluvia de hijos,* por Federico Reparaz.

9 *La sombra de Otelo,* por Jose Montero.

10 *La cocina; La afición,* por Antonio Ramos Martín.

11 *El capricho de las damas,* por Asensio Mas, Cadenas y Blasco.

12 *El contrabando; De balcón a balcón,* por Sebastián Alonso y Muñoz Seca.

13 *Serafín el Pinturero,* por Arniches y Renovales.

14 *El Conde de Luxemburgo,* por José Juan Cadenas.

15 *Celia en los infiernos,* por Benito Pérez Galdós.

16 *La pradera de San Isidro; Las castañeras picadas,* por don Ramón de la Cruz.

17 *El amigo Teddy,* por Antonio Palomero.

18 *¿Cuántas, calentitas, cuántas?; ¡Viva el difunto!,* por Tomás Luceño.

19 *Coba fina,* por Muñoz Seca y Pérez Fernández.

20 *El puñao de rosas,* por Arniches y Asensio Mas.

21 *Aquí hase farta un hombre,* por Jorge y José de la Cueva.

22 *El baile de Luis Alonso; Las mujeres,* por Javier de Burgos.

23 *La nicotina,* por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.

24 *La patria chica,* por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.

25 *Los granujas,* por Carlos Arniches y José Jackson Veyan.

26 *El asistente del coronel,* por Gonzalo Cantó.

27 *La Cara de Dios,* por Carlos Arniches.

28 *El tambor de Granaderos,* por Emilio S. Pastor.

ANGEL TORRES DEL ALAMO

Y

ANTONIO ASENJO

EL BRILLO DE LOS CAIRELES

COMEDIA EN CUATRO ACTOS:
EL ÚLTIMO, DIVIDIDO EN DOS CUADROS

ACTO PRIMERO

La escena representa un gabinete ricamente amueblado. Un piano, cubierto por un mantón de Manila. En las paredes, cuadros; una cabeza de toro, unas banderillas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

DOÑA AMELIA, MARIA LUISA y MARGARITA

HABLADO

DOÑA AMEL.—Estoy desesperada.

M. LUISA.—¿Qué te ocurre, "tita"?

DOÑA AMEL.—Vaya una pregunta. Que odio a los toreros con toda mi alma, y Dios me ha dado un marido que daría la mitad de su fortuna por ser el "Torquito Tercero.

MARGAR.—Todo se le puede dispensar a papá, porque es tan bueno para nosotras...

DOÑA AMEL.—Un santo mientras no habla de toros. Y luego, ¿tú crees que ésta es una casa de personas decentes? (*Señalando.*) ¡Esa cabeza de toro! ¡Esas banderillas! Te digo que tengo pánico a que lleguen las fiestas del pueblo, porque como tu padre se trae a casa, dos o tres días antes de la corrida, al matador y media cuadrilla, para agasajarlos...

MARGAR.—¿Y quién será el torero que nos trae hoy?

M. LUISA.—Antonio Rivera, "Riverita", el fenómeno verdad. ¡Cómo torea! ¡Cómo entra a matar! Además es un torero con quien se puede hablar.

DOÑA AMEL.—Eres tan flamenca como tu tío.

MARGAR.—¿Pero tú conoces a ese hombre?

M. LUISA.—Ya lo creo. Como el tío y yo estamos abonados a una barrera del uno, y es amigo del tío, he hablado con él muchas veces. ¡Pero si vosotras le conocéis también!

DOÑA AMEL.—¿Nosotras?

M. LUISA.—Sí; ¿no os acordáis de aquel muchacho delgaducho que hace seis años, en la capea del pueblo, me brindó un toro, diciéndome (*Con acen-*

to andaluz.): "Vaya por la Virgen del Carmen, y si no mato bien este "morucho", me voy a ahorcar con las pestañas de usted, señorita."

MARGAR.—Y que tú le echaste las flores que llevabas en el pecho, y en tre ellas un billete de cinco duros.

M. LUISA.—Pues el maletilla aquel es el "Riverita" de hoy.

DOÑA AMEL.—Menos mal si es tan fino como dices, porque recordad del de hace dos años, que le cogió el toro y estuvo en casa mes y medio.

MARGAR.—Yo creo que no tenía nada.

DOÑA AMEL.—¡Un hambre horrible! No se me olvida que no dejó un pollo vivo.

M. LUISA.—Para hacer "facultades", como él decía.

DOÑA AMEL.—Pues ¿y el mozo de estoques? ¿Te acuerdas?

MARGAR.—¡Figúrate! ¡Mudamos ocho criadas!

DOÑA AMEL.—Y de bruto, no digamos. ¿Os acordáis de aquel día que estaba empeñado en sacarse la raya con un calzador?

M. LUISA.—No sé por qué le tienes rabia a la gente de coleta.

DOÑA AMEL.—No me hables de eso. Las pocas veces que he asistido a corridas he sacado la impresión de que la única "persona" que tiene razón es el toro.

MARGAR.—Pero, "mamita", ¿qué dices? ¿Que el toro es una persona?

DOÑA AMEL.—Cuando me ocupo de toreros, no sé lo que hablo. ¿Cómo habrá quién le guste eso que llaman la fiesta nacional?

M. LUISA.—¿No os gusta a vosotras asistir a los partidos de "fut-bol" y a las carreras de caballos?

DOÑA AMEL.—¡Diferencia va!

M. LUISA.—Diversión por diversión, prefiero los toros.

DOÑA AMEL.—En eso eres pintiparada a tu tío, que su mayor satisfacción sería veros a las dos casadas con dos "fenómenos".

MARGAR.—¡Qué cosas dices, mamá!

DOÑA AMEL.—No creas que exagero; ayer mismo me decía que daba la mitad de su fortuna por ser el suegro o el tío de un torero bueno.

MARGAR.—Yo, antes que eso, me fugaba con el recaudador de las cédulas, que es uno de los cojos más ridículos que he conocido.

M. LUISA.—Pues, hija, en los tiempos que corremos resulta hasta de buen tono tener relaciones con un espada de cartel.

MARGAR.—Si esa es tu opinión, hazle el amor al "Riverita" ese que viene hoy.

DOÑA AMEL.—¡Niña! ¡Qué cosas dices!

ESCENA II

DICHOS y JULIA SOLANO por el foro, muy compuesta y sevillana de nacimiento

JULIA.—(*Entrando y hablando muy de prisa.*) Buenos días, niñas. (*Se besan.*) ¿Llego tarde? ¿Ha venío ya? ¿Le ha ocurrío algún percanse?

DOÑA AMEL.—¿De quién habla usted?

JULIA.—¿De quién va a sé? Der fenómeno, der Pontífise, der torero de las mujeres, de "Riverita", señora, de "Riverita".

DOÑA AMEL.—(*Aparte.*) Otra loca como mi esposo.

M. LUISA.—No ha llegado aún.

JULIA.—Pues no tienen ustedes idea de las ganas que tengo de echármelo a la cara. Disen que es guapísimo.

M. LUISA.—¿Pero usted no le ha visto en la plaza?

JULIA.—Sí; pero ganan mucho con el traje de luses; por eso quiero verle de calle. No se me olvida una ve que me llevó mi difunto esposo, que en paz descanse, a una corrida de Benefisensia, y, no lo querrán ustedes creé,

me enamoré de un matadó que se llama "Manolete". Bueno, pues luego de *entregarla* mi difunto, he conosido a "Manolete"... y una desepsión. En cambio, he visto en Madrid últimamente a Ricardo, y no comprendo por qué se ha ido de los toros.

DOÑA AMEL.—¿Quién es Ricardo?

M. LUISA.—¿Quién ha de ser? "Bombita". (*A Julia.*) Usted es tan aficionada como yo, ¿verdad?

JULIA.—Yo soy más aficionada que "El Barquero". Por nada del mundo cambio yo mi barrerita del 3 pegada al 2: una ganga. Y eso que me pilla al lado de "Don Pío", que, además de estar muy gordo y ser gallista, da unas voses...

M. LUISA.—¿Qué torero le gusta a usted más, Julia?

JULIA.—Ahora soy *riverista;* antes mi torero era Belmonte; pero desde que se reune con literatos y tiene pianola, no se arrima tanto. "Riverita" es el que le da el baño a todos. (*Accionándolo.*) Siempre con la zurda. Nada de pegoletes, y a la hora de la verdad, se perfila con el pitón contrario, atranca con fatigas y a mojarse los dátiles. (*A doña Amelia.*) ¿No opina usted lo mismo? (*Se sientan todas.*)

DOÑA AMEL.—Yo, la verdad, no he entendido una palabra: el baño, la hora de la verdad, nada de pegoletes, atranca con fatigas, se moja no sé qué. Vamos, que no lo comprendo.

JULIA.—Tampoco la comprendo yo a usted cuando me habla de un partido de golf. Que si er team, que si er portero, que si er goal; pero eso qué es, ¿tagalo?

MARGAR.—Su esposo de usted sería muy aficionado.

JULIA.—Al contrario. No tienen ustedes idea de las conferensias que ha dado contra los toros. Pero era tan grande su elocuensia que a los quince días de oirle se fundaba una Sociedad y construía una plaza.

DOÑA AMEL.—Un marido así hubiera yo deseado, y no el mío, que con su maldita afición nos pone en ridículo en todos lados. El domingo, sin ir más lejos, en la Adoración Nocturna, me dijo la sobrina del registrador: ¿Cómo no viene usted de luto? ¿Por qué?, la pregunté yo. Como se la ha cortado el "Machaquito de Monóvar"...

M. LUISA.—Despréciala, tita, que más ridículo es el registrador, que colecciona insectos. (*Pequeña pausa.*)

JULIA.—Parece que se retrasan.

DOÑA AMEL.—Como que a lo mejor les ha ocurrido algo en el camino. El *Dion Butón* ya sabéis que no funciona bien. ¡Oh! Y todo por culpa de los malditos toreros. Si no fuera por ti, hija mía, ya nos habíamos separado.

JULIA.—Por Dios, señora, que no es para tanto.

DOÑA AMEL.—¡Ah! Si tuviera usted que aguantarle por las noches. Rara es la que no sueña con Vicente Pastor o con "Joselito". La noche que menos, me pone un par de banderillas. ¡Y cuándo sueña que es picador!

JULIA.—(*Riendo.*) ¡Qué grasioso!

M. LUISA y MARGAR.—(*Se ríen también.*) ¡Qué gracia tiene!

ESCENA III

DICHOS y ROSITA, por el foro, muy compuesta y con flores en el pelo

ROSITA.—(*Entrando.*) ¡Señora! ¡Señoritas! ¡Ya están ahí! ¡Ya están ahí! (*Muy alegre.*)

DOÑA AMEL.—¿El señor?

ROSITA.—(*Con mucha alegría.*) ¡Los toreros! ¡Los toreros!

DOÑA AMEL.—Sí, ¿eh? Pues ahora mismo, entre tú y el muchacho, co-

géis todos los pollos del corral y os los lleváis a casa de mamá Aquilina; aquí no hacen facultades esos hombres.

ROSITA.—Está bien, señora. (*Medio mutis.*)

DOÑA AMEL.—Diga usted: ¿Qué significan esas flores y esa ropa?

ROSITA.—Como estamos esperando al Fenómeno, por el bien parecer.

DOÑA AMEL.—Vaya, vaya, a lo que le he dicho.

ROSITA.—(*Al mutis.*) ¡Ay si me saliera aunque no fuera más que un puntillero para casarme!...

ESCENA IV

DOÑA AMELIA, MARIA LUISA, JULIA, MARGARITA y, a poco, PACO VITOLA, EL TIMBALERO, ALGETEÑO CHICO, TRINCHERILLA y ROSITA

DOÑA AMEL.—¿Le parece a usted? Hasta la *maritornes* se ha puesto de gala.

JULIA.—Como que hoy un torero tiene más importansia que un ministro.

M. LUISA.—Ya lo creo. En el pueblo de "Riverita" no sale más diputado que el que quiere él.

JULIA.—A mí me han contado que los candidatos que van allí se pasean cogidos del brazo del diestro para captarse las simpatías de los electores.

(Se oyen dentro voces, y por cima de ellas una que, con cerrado acento andaluz (la del Timbalero), dice:)

TIMBAL.—(*Dentro.*) ¡Por vía e la Pastora! Pos no es larga la carretera ni na...

DOÑA AMEL.—¡Ya está ahí! ¡Dios nos coja confesados!

ROSITA.—(*Desde la puerta.*) Pasen, pasen. Aquí están las señoritas.

(Aparece primeramente el Timbalero, que se encara con Rosa.)

TIMBAL.—(*A Rosa.*) Grasias, niña; que tié osté unos ojos que insendian las cajas de mistos.

(Entra el Timbalero en escena, seguido de Vitola, Trincherilla y Algeteño chico.)

TIMBAL.—Güenos días tengáis ostés toos.

P. VITOLA.—Servidor.

ALGETEÑO.—Salú.

TRINCHER.—Señoras. Perdonen que nos presentemos solos; pero un ligero percance en el otro automóvil...

DOÑA AMEL.—(*Alarmada.*) Ya lo decía yo...

M. LUISA.—¿Qué ha pasado?

TIMBAL.—No ha sío na. El automóvil, que ha hecho un extraño contra un guardacantón, y se ha quedado convertío en un *autoinmóvil.*

ALGETEÑO.—¡Cabal!

DOÑA AMEL.—¿Pero ha ocurrido alguna desgracia?...

TRINCHER.—Ninguna, señora. Ha sido una avería leve, y nosotros nos hemos adelantado para que ustedes no se alarmasen.

JULIA.—¿Y quién venía en el "auto"?

TIMBAL.—Don Ramón con el mataó, el amigo íntimo del mataó, el peón de confianza del mataó y el ayudante del mozo de espás del mataó.

DOÑA AMEL.—Pero eso es una manifestación.

TIMBAL.—Está usté sembrá. ¿T'has fijao, Algeteño? ¿Hay grasia o no hay grasia?

ALGETEÑO.—¡Hay gracia!

TRINCHER.—(*A Vitola.*) Tú, Vitola, dile al Timbalero que no estamos de juerga en La Patria Chica.

M. LUISA.—Pero siéntense y descansen.

TRINCHER.—Antes me van ustedes a permitir que haga la presentación. El "Timbalero", picador de confianza de "Riverita"; el "Algeteño Chico",

banderillero; Paco Vitola, mozo de estoques, administrador, apoderado, secretario, el todo, vamos, de Antonio Rivera, y un servidor de ustedes, Manolo Trincherilla, revistero taurino de "El Arte del Toreo Modernista". Usted (*A doña Amelia*) supongo que será la esposa de don Ramón.

DOÑA AMEL.—Sí, señor.

TRINCHER.—(*A Margarita.*) ¿Usted, será su hija?

MARGAR.—Exactamente.

TIMBAL.—¿Quién es esa morucha? (*Por María Luisa.*)

DOÑA AMEL.—Esta señorita (*Recalcando*), que no es ninguna morucha, es mi sobrina.

TIMBAL.—Por muchos años. ¡Y qué bien instrumentá está!

DOÑA AMEL.—(*Aparte.*) ¿Qué dice este bárbaro?

JULIA.—Yo me presentaré sola. Julia Solano, viuda de ídem.

TIMBAL.—(*Con extrañeza a Vitola.*) ¡Aceite! ¿De quién ha dicho que es viuda?

P. VITOLA.—Mia que eres ignorante; ídem es un apellido francés.

JULIA.—(*Al "Timbalero".*) Me parece que estaban ustés hablando de mí.

P. VITOLA.—Sí, señora, porque aquí (*Por "Timbalero".*) se había extrañao del apellido de su difunto.

JULIA.—¡Ay, qué grasioso! Si mi marío se llamaba Solano, como yo; por eso dije viuda de ídem, porque es más breve.

P. VITOLA.—Es que ca día se inventa una palabra nueva.

TIMBAL.—Y éste creía que era un apellido francés. Vitola, eres como el busón de Correos, que se lo traga tóo y no se entera de na. ¿Hay grasia o no hay grasia?

ALGETEÑO.—¡Hay grasia!

TIMBAL.—(*Sacudiéndose el polvo.*) ¡Camará, y cómo está de porvo la carretera!

DOÑA AMEL.—Margarita, trae una vara para sacudirle el polvo a este señor.

TIMBAL.—Güeno está ya, que yo no soy un cobertó.

M. LUISA.—Y ¿qué tal el viaje?

TIMBAL.—Superior. (*A "Algeteño".*) ¿Verdad tú? ..

ALGETEÑO.— Sí.

M. LUISA.—Y ¿qué tal año llevan ustedes?

TIMBAL.—Superior.

P. VITOLA.—La verdad es que toreamos más que podemos. Cerramos la temporá con ciento seis.

MARGAR.—¡Acabarán ustedes rendidos!

TIMBAL.—Carcule.

MARGAR.—¡Y ustedes los picadores, con esos porrazos que se llevan!... ¡Debe ser muy difícil eso de picar!

TIMBAL.—(*Se monta a caballo en una silla y acciona lo que dice.*) Ca. Se coloca usted de modo que la cabeza del jaco esté frente al cuerno derecho del bicho, embraza osté la garrocha, lo cita..., y lo demás lo hace el toro. (*Cayéndose de la silla con estrépito; se levanta*

y tira la silla, diciendo): ¡Pa el arrastre! (*Al "Algeteño".*) Venga otro caballo. (*El "Algeteño" le da otra silla.*)

DOÑA AMEL.—Lo que más miedo les dará será esos toros de Miura.

TIMBAL.—Quia. Hay unos en la provincia de Portugal, que después de coger muerden.

P. VITOLA.—Y los de las capeas. Me acuerdo yo, que a poco de conocer a "Riverita", toreó en una que salió un toro inmenso, que cogía a tóo el que se le acercaba, y los mozos del pueblo aplaudían y gritaban: "¡Bravo, "Galeote"! ¡Duro con ellos, "Galeote"! Y yo pregunté por qué se entusiasmaban con "Galeote", y me contestaron que llevaban cinco años toreándole y no le había podido matar ni la Guardia civil.

M. LUISA.—¡La verdad es que la profesión de ustedes es peligrosísima! Usted ¿ha tenido alguna cogida?

TIMBAL.—Una na más. ¿T'acuerdas tú? (*A "El Algeteño".*) Fué un Pablo Romero que me hizo un boquete asina. (*Marcando muy grande.*) ¡Como que me tuvieron que meter la gasa con una pala!

M. LUISA.—Y ¿el matador ha tenido algún percance?

P. VITOLA.—Ninguno. Entoavía no le han calao los toros. Y es que los toros son muy finos, y, como dice el "Guerra" (*Todos los toreros se levantan y se descubren.*), al que los visita en su casa no le hacen daño.

DOÑA AMEL.—Pero ¿qué habla usted de visitar a los toros en su casa?

JULIA.—Lo que quiere decir es que al que se mete en el terreno de los toros, al que se arrima a ellos, es muy difícil que lo cojan.

TIMBAL.—Usted la ha dao en tóo lo alto; se ve que chanela usted de toros.

JULIA.—Como que yo sé la diferencia que hay entre el cambio y el quiebro, yo sé cómo se da una verónica de verdad, yo sé lo que es recibir y aguantar.

DOÑA AMEL.—Eso también lo sé yo.

TIMBAL.—Pero ¿usted diquela de esto? Vamos a ver. ¿Qué diferensia hay entre recibir y aguantar?

DOÑA AMEL.—Pues que yo le he recibido a usted y me parece que no le voy a poder aguantar.

TIMBAL.—Ha estao usté pa que la toquen las palmas. ¿Hay grasia o no hay grasia?

ALGETEÑO.—¡Hay gracia!

TIMBAL.—A ver, don Manuel (*A "Trincherilla".*), eche usted tabaco, que a mí me se ha concluído.

TRINCHER.—Vamos a molestar a estas señoras.

M. LUISA.—De ninguna manera. Pueden ustedes fumar.

TRINCHER.—Mil gracias. (*Ofrece pitillos a los demás.*)

DOÑA AMEL.—(*A Margarita, María Luisa y Julia.*) ¿Se han fijado ustedes en que ese torero no se ha quitado la gorra? (*Por "El Algeteño".*)

M. LUISA.—Es que la lleva metida a tornillo.

(A todo esto, el Timbalero, que acaba de encender el puro, está con la cerilla en la mano, y doña Amelia que repara en ello, se levanta y le aproxima una escupidera.)

TIMBAL.—No se moleste usted, señora. La tiraré en cualquier parte.

(Arroja la cerilla al lado opuesto de la escupidera.)

DOÑA AMEL.—(*Frita ya.*) (*A Margarita y María Luisa.*) ¡Qué salvaje! ¡Permita Dios que pasado mañana le coja un toro y le tengan que meter la gasa con mausser!

TIMBAL.—(*Reparando en la cabeza de toro.*) ¡Camará! No había arre-

parao en esa cabeza de toro. Se parece al que te echó mano en la feria de Sevilla. ¿Verdad, "Algeteño"?

ALGETEÑO.—Sí.

MARGAR.—Ustedes perdonen mi curiosidad. ¿Por qué le llaman "Algeteño" a ese señor?

P. VITOLA.—Porque es ahijao del "Algeteño" grande, de Remigio, el mejor torero de Algete, un pueblo muy bonito.

JULIA.—Conozco el pueblo y al torero, que es un muchacho muy fino.

TIMBAL.—¿Que si es fino? Lleva las camisetas de celuloide.

JULIA.—Ha sido alcalde, con coleta y todo, y tiene una mesa de despacho adornada con miles de sortijas de puro.

MARGAR.—Serán de los que le han echado.

JULIA.—Eso le pregunté yo, y me respondió que no; que si fueran las piedras que le han tirado, tendría para empedrar el patio de su casa.

ESCENA V

DICHOS, ROSITA, RIVERITA, DON RAMON, IÑIGUEZ, EL ALAMARES Y EL GUITARRA. Todos por el foro.

ROSITA.—Señoritas. ¡Ahora sí que es él! ¡El fenómeno!

DON RAMON.—(*Dentro.*) Por aquí, Antonio. Y ustedes, señores, pasen también.

(Sale por el foro DON RAMON, seguido de Riverita, Iñiguez, el Guitarra y el Alamares, por el orden que se indican. Al aparecer Antonio todos los hombres se ponen de pie y Algeteño se quita la gorra.)

ALGETEÑO.
TIMBAL. ¡El mataor!
P. VITOLA.

DON RAMON.—Estás en tu casa (*A Antonio.*), lo que se dice en tu casa. Aquí mandas, y todos somos a obedecerte.

DOÑA AMEL.—¡Ay! Nos tenías impaciente por lo del "auto".

RIVERITA.—No ha sío na, señora: un palotazo sin consecuensias.

DON RAMON.—Ante todo, te voy a presentar. Mi señora, mi hija.

RIVERITA.—(*Dándoles la mano.*) Mucho gusto en conoserlas.

DON RAMON.—Mi sobrina ya tiene el gusto de conocerte.

M. LUISA.—Sí, ya nos conocemos. (*Se saludan.*)

RIVERITA.—Y que ca vez está usté más bonita con ese pelo negro, que es ébano hilao y retorcío.

M. LUISA.—(*Bajando los ojos.*) ¡Muchas gracias!

DON RAMON.—Doña Julia Solano, viuda de ídem, como ella dice...

RIVERITA.—(*Saludando.*) Mucho gusto en conoserla también.

JULIA.—El gusto es el mío. Personalmente, no le conocía; pero me he hecho callo en las manos aplaudiéndole a usted. Yo estoy abonada a una barrerita del tres. Usted no se habrá fijao nunca en mí...

RIVERITA.—Claro; es mu difísi...

DON RAMON.—El... ¡para qué os voy a decir quién es! ¡El zar de la tauromaquia!

TIMBAL.—¡Ole!

DON RAMON.—¡El káiser de la afición!

TIMBAL.—¡Ole!

DON RAMON.—¡El sol de los coletas!

TIMBAL.—Y... ¡ole!

DOÑA AMEL.—(*A Margarita.*) Tu padre ha perdido el juicio definitivamente.

DON RAMON.—(*A Iñiguez.*) Este caballero es don Jorge Casa-Iñiguez, diputado a Cortes, millonario, el íntimo, el hermano de "Riverita". No han

ido juntos a la escuela porque (*Sin saber qué decir*), porque don Jorge ha estudiado en la Universidad de Bolonia. Nadie le trenza la coleta como él, y poniéndole la faja es una especialidad.

DOÑA AMEL.—(*Aparte.*) No me quedaba más que ver: todo un caballero, un diputado de la nación, sirviéndole de doncella a un diestro.

IÑIGUEZ.—Señoras, señoritas, tengo una gran satisfacción en ponerme a sus pies.

GUITARRA.—(*A "El Alamares".*) ¿Es ésa (*Por María Luisa.*) la que dicen que le trae majareta perdío al mataó?

ALAMARES.—La mesma. Y arrepara qué ojos tiene, ¡mi pare!; más grandes son que dos gruyeres sin empezá.

M. LUISA.—Pero a todo esto no nos han dicho ustedes cómo ocurrió el percance del automóvil.

IÑIGUEZ.—No fué nada. Iba yo guiando, cuando hice un rápido viraje y dimos un encontronazo contra un guardacantón, por no atropellar a un individuo ebrio.

TIMBAL.—¿A un individuo qué?

RIVERITA.—Curda, hombre, curda, tajá perdío...

TIMBAL.—¡Ah, ya! Pos que hablen en castellano.

DOÑA AMEL.—¿De modo que pasado mañana nos hacen ustedes el favor de torear aquí?

RIVERITA.—Así es.

DON RAMON.—A ver cómo quedas. Mi mayor deseo es que hagas aquí la faena de la temporada, ¿lo oyes? La faena de la temporada.

RIVERITA.—Ya veremos lo que quie la suerte.

DON RAMON.—Y ahora tú dispones, porque aquí no hay más amo que tú, y todos estamos para servirte.

DOÑA AMEL.—Esto es para desesperarse. (*Aparte.*)

RIVERITA.—¿Han traío ya el ganao?

DON RAMON.—Llegó esta mañana temprano.

RIVERITA.—Pues luego iremos a verlo.

DOÑA AMEL.—¿Para qué se va usted a molestar? Que se lo traigan aquí.

TIMBAL.—(*Al "Algeteño".*) ¿Hay grasia o no hay grasia?

ALGETEÑO.—¡Hay gracia!

DON RAMON.—Bueno; pues ahora nos cambiaremos de ropa y nos iremos a correr unas liebres, como habíamos quedado.

RIVERITA.—Como usted quiera. (*A María Luisa.*) Y usted, ¿no va a venir con nosotros?

M. LUISA.—Ya lo creo; no faltaba más.

DON RAMON.—Monta a caballo como un jockey consumado. (*Mutis de María Luisa.*)

IÑIGUEZ.—(*A doña Amelia, Margarita y Julia.*) ¿Y ustedes, no son de la partida?

DOÑA AMEL.—Nosotras hemos de quedarnos preparándoles el almuerzo.

JULIA.—Yo no les acompaño porque... me da vergüenza decirlo, pero no sé montar más que en burro, y no yendo hombres, porque suelo caerme de espaldas.

DON RAMON.—¡Qué grasiosa! Está usté sembrá.

DOÑA AMEL.—(*Aparte.*) Tú sí que estás sembrado, ¡calabacín!

RIVERITA.—¡Vitola! Sácame er traje de campo.

IÑIGUEZ.—¿Para qué se va a molestar? Yo se lo llevaré. ¿Dónde está? ¿En la maleta de fuelle que se quedó abajo? Pues en seguida subo. (*Hace mutis rápidamente por el foro.*)

DOÑA AMEL.—¡Es que lo veo y no lo creo! ¡Un señor diputado que va a los recados!

TRINCHER.—Pues yo, con permiso de ustedes, voy a telegrafiar la llegada de Antonio y lo del automóvil. Esta noche se venden mil números más. (*Vase foro.*)

DON RAMON.—Bueno, señores, pasen por aquí y tomaremos un buen tazón de café con pan y manteca.

TIMBAL.—No está mal. Pero el café ese vendría mejor detrás de unas tajás de lomo adobaíto. ¿Verdad, "Algeteño"?

ALGETEÑO.—¡Verdad!

DOÑA AMEL.—Sí, y de postre unas croquetas de gallina.

TIMBAL.—¡Camará! ¡Y que no están güenas ni na! Como que de esas papichuelas me comía yo un jangarillo.

DON RAMON.—(*Indicando la primera derecha.*) Vayan pasando por aquí.

RIVERITA.—Diga usted, don Ramón, ¿no habría por ahí un poquiyo de aguardiente arcanforao pa que me diesen una unturiya en esta pierna, que paese que me duele der gorpetaso der automóvil?

DON RAMON.—¡Oro molido que fuera! Pasa, pasa, y en mi cuarto te dará la untura mi señora, que en esas cosas tiene usía.

DOÑA AMEL.—¡Es lo único que me faltaba! Pues como no le dé la untura el bárbaro ese de las papichuelas... (*Mutis rabiosamente.*)

(Han ido entrando todos los personajes, quedando en escena los últimos Riverita y Don Ramón y Vitola y Alamares.)

RIVERITA.—Ahora, recoger tos los trebejos y llevarlos pa dentro.

VITOLA.—Está bien.

(Mutis de Don Ramón y de Riverita.)

ESCENA VI

VITOLA y ALAMARES, y, a su debido tiempo, IÑIGUEZ

P. VITOLA.—Anda, recógelo to, que paece que hemos dao un mitin de chirimbolos.

ALAMARES.—Oiga usted, Vitola. Ca vez está más guapa la prójima. ¡Mi mare!

P. VITOLA.—¿Qué prójima?

ALAMARES.—La de la barrera, la señorita esa por la que está pasando las negras el mataó.

P. VITOLA.—Aquí se ve, se oye y se calla. ¿Te enteras?

ALAMARES.—Está bien. Pero no me negará usted que él la ha diñao de verse retratao en los ojos de ella.

IÑIGUEZ.—(*Aparece por el foro, cargado con un traje de campo, con los zahones, botas altas, sombrero ancho, etc.*) Oye, Vitola, ¿por dónde se ha ido el matador?

P. VITOLA.—Por allí. (*Señala primera derecha. Iñiguez hace mutis por primera derecha.*)

ALAMARES.—(*Con sorna.*) ¡Mi pare! También tengo yo un ayudante. ¿Qué se había usté creío?

P. VITOLA.—Ese señorito es el descanillen.

ALAMARES.—¿Y qué cree usté de la faena en que paece que se va a meté el mataó?

P. VITOLA.—¿Cuála?

ALAMARES.—¡Ya me entiende usté! (*Indicando por señas lo de la señorita.*) Habrá un lance de rodillas. (*Bendiciendo con una mano, como si delante de él hubiese dos novios de rodillas.*)

P. VITOLA.—No lo permita Dios. Porque le quiero como a un hijo desde

aquella tarde que le conocí en Santiponce, y él me quiere como a un verdadero padre.

ALAMARES.—Pues yo tengo pa mí que esa mujer le gusta más que los garbansos fritos.

P. VITOLA.—La lleva grabá en el corazón desde que la brindó la muerte de un morucho en este pueblo, precisamente; pero yo, que chanelo un rato largo de cosas de mujeres, no hago más que darle buenos consejos.

ALAMARES.—Vamos, que usted cree que debía dar la espantá.

P. VITOLA.—Y tirarse de cabeza al callejón, porque si no, pué tener una cogida mu grave. Y basta de conversa. Me voy a llevar to eso. (*Recoge lo que hay en escena, y hace mutis por la primera derecha.*)

ESCENA VII

ALAMARES y en seguida ROSA

ALAMARES.—¿Pero qué tendrá er mataó que a toítas las gachís que lo miran a la cara se las mete en el garlochi y doblan sin puntilla? En cambio, yo soy más desgrasiao pa el seso femenino... Y er caso es que maniquí le hay. (*Se mira al espejo, que sacará de un bolsillo.*) Bien peinao, bien carsao y oliendo a flores. Como que me he echao medio frasco de piel de España der mataó. Pues ¿y los piños? (*Por los dientes.*) Esaboríos están. ¡Mi pare!

ROSITA.—(*Saliendo. Se fija en que "Alamares" se mira la boca al espejo.*) ¿Se le ha "careao" a usté la muela del juicio?

ALAMARES.—(*La mira y se ríe.*) ¡Ja, ja!

ROSITA.—¿De qué se ríe usted?

ALAMARES.—De usted.

ROSITA.—¿Soy un chiste?

ALAMARES.—No; pero es usted muy grasiosa. ¿Cómo se llama usted, niña?

ROSITA.—Rosa.

ALAMARES.—Pos bendito sea er mes de Mayo, porque er nombre le va a usted ar pelo. Tie usted una cara que es una maceta.

(Se va a ella como para tomarse una pequeña libertad.)

ROSITA.—¡Eh, eh! Que este tiesto tiene ya su jardinero.

ALAMARES.—No importa; por si quiere usted tener dos.

ROSITA.—Además, que ya sé que tiene usted novia.

ALAMARES.—Premita un divé, que si tengo novia no se me logre ser mataor de toros.

ROSITA.—Pero (*Con alegría.*) ¿usted va a ser torero?

ALAMARES.—Naturá. Ahora soy el ayudante de. mozo de espás de "Riverita"; pero ha prometío er mataó que si en una encerrona lo hago ve este invierno, me sacará en Sevilla.

ROSITA.—Pero cuando sea usted torero tendrá usted un montón de novias.

ALAMARES.—Yo, desde ahorita mismo, no viá a queré más que a una, que se llama Rosa, y que es pelinegra, y...

ROSITA.—Haga usted el favor de no burlarse de mí. (*Medio mutis.*)

ALAMARES.—Venga usté aquí, niña, que soy capaz por usté de empeñar el paraguas en día de lluvia pa mercarla caramelos. Y no se enfade usté, que la voy a regalar ahorita mismo un tarro de esencia.

ROSITA.—En este pueblo no se venden.

ALAMARES.—Lo llevo en el nesesé der mataó.

ROSITA.—¿Pero usa perfumes "Riverita"?

ALAMARES.—(*Dándose importancia.*) Gastamos en perfumería, pedícures y manícures mir pesetas ar mes, y usamos un agua par pelo que cuesta seis duros er frasco.

ESCENA VIII

DICHOS y VITOLA, que ha salido a las últimas palabras de Rosa.

P. VITOLA.—Tú, "Alamares", deja ahora las pedícures y las manícures, y arrea pa la cocina, que te van a echar el desayuno.

ROSITA.—(*Haciendo mutis.*) ¡Ay si fuera verdá lo que me ha dicho!

ALAMARES.—Y luego, ¿qué hay que haser?

P. VITOLA.—Estar preparao abajo, por si hay que acompañar a los cazadores. ¡Ah! Y si quieres torear, toreas por las afueras; en esta casa, no.

ALAMARES.—¡Pero si eran unos pases de tanteo!

P. VITOLA.—Pues ten cuidao, no te tenga yo que dar un aviso.

(Mutis de Alamares.)

ESCENA IX

VITOLA y RIVERITA

P. VITOLA.—¡Hay que ver! El niño éste marcándose postas con la doméstica, que de fijo le ponía buena cara. ¡Mujeres! ¡Mujeres! La primera la hizo Dios, y engañó a Adán...

RIVERITA.—(*Saliendo.*) ¿Qué haces aquí, Vitola?

P. VITOLA.—Na; pensando mal de las mujeres.

RIVERITA.—Como siempre.

P. VITOLA.—Pues marro muy pocas veces. Y permíteme que te pregunte como la señá Rita, la de la "Verbena": Ya estás frente a la casa; y ahora, ¿qué vas a hacer?

RIVERITA.—Te contestaré como Julián: que no lo sé.

P. VITOLA.—(*Se rasca la cabeza, como el que quiere decir algo y no sabe empezar.*) Mira, Antonio, tú ya sabes que te quiero más que a un hijo.

RIVERITA.—Y yo a ti más que a un padre; pero ¿a qué viene ahora esto?

P. VITOLA.—Pues viene a que...; bueno, a que estoy viendo que te vas a meter en una mala faena. Yo ya sé que la sobrina de don Ramón te ha trastornao a ti la azotea. (*Señalando la cabeza.*)

RIVERITA.—Me gusta un poquitiyo; pero na más.

P. VITOLA.—Y como las mujeres hacen siempre su voluntad, ésa se ha propuesto ser la mujer del mejor torero del mundo, de mi Antonio, pa presumir con las amigas, y que la lleven y la traigan y pa salir retratá en el "A B C" y en el "Nuevo Mundo".

RIVERITA.—Para el reloj, que se te adelanta.

P. VITOLA.—Y ahora que te tié cerca, con los ojos na más te va a llevar a su terreno, y luego con dos mirás tiernas y cuatro frases te deja con media en tóo lo alto. ¡Tengo yo un lagrimal (*Señalando un ojo.*) pa estas cosas!

RIVERITA.—Yo creo que desageras un poquiyo. Pero aunque fuera verdad, ¿qué podría pasar? ¿Que mos casáramos? ¿Y qué? ¿Voy a estar sin la calor de nadie toa mi vía? Y como a mí me gusta esa mujé...

P. VITOLA.—Pero es que esa mujer no es la tuya; búscate una de tu clase, una que no se case con el torero; y si no, fíjate en lo que me pasó a mí, que me casé con una maestra de escuela: los primeros quince días los pasé mal; pero luego... ¡era cosa de ahorcarse!

RIVERITA.—Pues tú me has dicho que en los cuatro años que llevasteis de matrimonio, no tuviste más que un disgusto.

P. VITOLA.—El de haberme casao; ¿te paece pequeño? Ya sé yo que si llegaras a casarte con esa señorita, los primeros días os besaréis más que en una película aprobá por la censura; pero luego...

RIVERITA.—Pero si yo no sé si esa mujer me va a querer o no, ni si le paezco bien o mal. Sólo sé que ella me gusta ca vez más, y que tiene una cara y unos ojos y un cuerpo, ¡pa comérselo, señó, pa comérselo!

P. VITOLA.—Cuando compres un libro o elijas una mujer no te debes fijar en la portada.

RIVERITA.—Será mejor que me deje querer por la viuda esa que m'han presentao, que m'ha tirao ya más puñalás...

P. VITOLA.—Eso, no; porque el que casa con una viuda está expuesto a que le comparen con el difunto.

RIVERITA.—Bueno, Vitola, déjame ahora, y no seas agorero.

P. VITOLA.—Te lo digo por última vez, Antonio; si quieres esposa... busca la de un amigo.

RIVERITA.—¿Me quiés dejar?

P. VITOLA.—(*Iniciando el mutis.*) Ya te dejo, hombre, ya te dejo; pero antes de na procura hacer testamento.

RIVERITA.—¿Por qué?

P. VITOLA.—Porque como la gachí te haga cara, mañana no dispones de tu última voluntad.

RIVERITA.—Pero ¿te vas de una vez?

P. VITOLA.—(*Al mutis.*) Ya está mandando la gente al estribo pa quedarse solo. ¿Habrá "hule"? (*Vase foro.*)

ESCENA X

RIVERITA y MARIA LUISA

RIVERITA.—Ahí viene ella, ¡y que asusta de guapa!

M. LUISA.—(*Entrando.*) ¡Qué pronto se ha vestido usted!

RIVERITA.—Pues usté no ha tardao mucho.

M. LUISA.—Las mujeres nos entretenemos algo más.

RIVERITA.—Sobre todo cuando son bonitas. Usté ha nacío en primavera, ¿verdad?

M. LUISA.—¿Por qué?

RIVERITA.—Porque las flores no nacen en el invierno.

M. LUISA.—(*Aparte.*) ¡Qué hombre más simpático!...

(Reina un momento de silencio embarazoso, que rompe María Luisa.)

M. LUISA.—¿Está usted preocupado, "Riverita"?

RIVERITA.—(*Como el que dice lo contrario de lo que piensa.*) No...

M. LUISA.—Quizá por la corrida de pasado mañana. Pues le advierto que el ganado es muy terciadito, y parece bravo.

RIVERITA.—No es ese ganao el que a mí me preocupa.

M. LUISA.—¿Pues cuál?

RIVERITA.—Otro ganao, por el que me veo perdío.

M. LUISA.—¿Tiene alguna querencia?

RIVERITA.—¡No lo sé!...

M. LUISA.—Vamos, el ganao, como usted le llama, es una mujer... Pues no se apure usted, que le hará caso, y si no le quiere, ¿a usted qué más le da? ¡Tantas mujeres se enamorarán de usted!...

RIVERITA.—No se burle usté, María Luisa, que de mí no se enamora ninguna... ¿No ve usté que yo no soy nadie?...

M. LUISA.—¿Que no es usted nadie, y todos los periódicos le retratan y le elogian y le glorifican¿ ¡Nadie! Y se ha hecho rico un platero vendiendo medallas con el retrato de usted.

RIVERITA.—Pues no soy nadie; es decir, ahora dicen que soy el fenómeno, el ídolo; pero no haga usté caso.

M. LUISA.—Ahora y siempre. Pero si hacen corro las gentes para contemplarle a usted; si en su pueblo hasta le besan las manos, como a los obispos.

RIVERITA.—Y si viera usté qué ganas me dan de decirles: ¡So lilas! ¿No veis que soy un hombre?

M. LUISA.—Por eso le admiran a usted, porque es usted un hombre.

RIVERITA.—Pero es que estoy de non. (*Riéndose.*)

M. LUISA.—No; pero usted se juega la vida todas las tardes, y eso es lo que se cotiza. Ver que hay un hombre lleno de juventud, cargado de dinero, que se expone constantemente a que lo mate un toro.

RIVERITA.—Quizá que tenga usté razón; pero la repito que no soy nadie, que no hago mi voluntad, que no me dejan vivir. ¡Si viera usté las veces que he tenido que enfadarme para que un admirador no se quedase a dormir en una silla a los pies de mi cama!

M. LUISA.—Eso es que le quieren a usted mucho.

RIVERITA.—A mí no me quiere nadie... como yo quisiera que me quisieran... Yo no sé si usté me entenderá, porque además de ser un poco vergonzoso, no he tenío prinsipios...

M. LUISA.—¡Pues tiene usted una fama de don Juan Tenorio! ¡Hasta le han sacado a usted coplas!...

RIVERITA.—(*Un poco avergonzado.*) No haga usté caso: son habladurías... Como dicen que yo les doy postín a algunas mujeres...; pero yo le juro a usté que es mentira. Yo no he querido a nadie. Lo puedo jurar.

M. LUISA.—No, si a mí me da lo mismo. (*Con indiferencia.*) Ahora, que como yo me he educado en el extranjero, no soy una mojigata que se asusta de todo. (*Con coquetería.*) Me puede usted contar sus cosas como a un amigo. (*Con mucha coquetería.*) ¿Es verdad que se va usted a casar con una gitana? Lo he leído en el "The Kon Leche".

RIVERITA.—No haga usté caso; ésas son chuflas der guácana del revistero: de "Pepe Laña". (*Pequeña pausa.*)

M. LUISA.—¡Lo que yo daría por ser gitana y andar por los caminos!...

RIVERITA.—Y lo que yo daría por sé un señorito y sabé hablá como los señoritos.

M. LUISA.—(*Con desprecio.*) ¿Para qué? ¿Para ayudar a vestir al "Algabeño V"?

RIVERITA.—No, María Luisa, no. Si yo supiera hablar, si yo supiera decir lo que tengo dentro a la persona que yo quiero decírselo, ella... me entendería, ¡no me había de entender! (*Pequeña pausa.*) Pero no se lo digo, no se lo diré en jamás, porque uno es un torero y ella una señorita...

M. LUISA.—¿Por qué tiene usted esos temores? ¿Quién es esa señorita? A lo mejor, ella estará deseando que la diga algo...

RIVERITA.—¡"Ajolá"!

M. LUISA.—Dígame usted quién es y yo se lo digo a ella.

RIVERITA.—Es un secreto mu grande que no se pué sabé.

M. LUISA.—No sea usted inocente. (*Sonriendo.*) De seguro que lo sabe ella, y puede que su familia y mucha gente...

RIVERITA.—Usted quiere sacar de mentira verdad.

M. LUISA.—Le aseguro a usted que no;

ese secreto lo saben aquí... casi todos los que aquí están. Vamos, yo lo sé.

RIVERITA.—(*Con asombro.*) Y dice usté que lo sabe usté. ¿Pero es usté adivina?

M. LUISA.—(*Riendo.*) Eso son brujerías y yo no creo en ellas.

RIVERITA.—Pues yo sí creo en ellas desde que una gitana de mi pueblo me enseñó a leer en las rayas de la parma e la mano...

M. LUISA.—¡Ay qué gracioso! Entonces, usted sabe echar la buenaventura.

RIVERITA.—Sí, señorita María Luisa.

M. LUISA.—Vaya, ahi tíene usted mi mano, ¿a ver qué lee en ella?

RIVERITA.—(*Tomando la mano que le alarga María Luisa y con mucha emoción.*) Pues leo que en esta mano está mi feliciá. Y leo...

DON RAMON.—(*Aparece en este momento por la primera derecha y sorprende el cuadro; llama por señas a su mujer, que salía tras de él, y le dice*): ¡Mira, mira! (*Con alegría y frotándose las manos.*) "Riverita" está haciendo aquí la faena de la temporada.

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

La escena representa una habitación en una casa de un pueblecito andaluz. Puertas laterales derecha e izquierda primer término. Al foro, un gran mirador con forillo de jardín. A ser posible, el mirador debe tener una entrada, para dar paso a la comitiva al volver de la iglesia. Los muebles de este acto son de enea, de mimbre o de madera curvada color avellana. Procúrese que haya mucha luz y mucha alegría. Al levantarse el telón están en escena Vitola, con traje negro, sentado en primer término junto a una mesita, sobre la que habrá un pequeño cabás. Próxima a Vitola, Rosita, de pie y vestida de claro, habla con él.

ESCENA PRIMERA

VITOLA y ROSITA

HABLADO

P. VITOLA.—¿De modo que la señorita María Luisa te ha traído de doncella?

ROSITA.—Sí; me quiere mucho, y como ya está acostumbrada a mí, me dijo hace pocos días: Bueno, Rosita, ya sabes que me caso y que vendrás con nosotros. El mismo día de la boda te presentas en casa. Y aquí me tiene usted. ¿Tardarán mucho en venir de la iglesia?

P. VITOLA.—Aun tardarán un rato, porque la faena va a durar más que una capa de Béjar. Calcula; entre la misa con órgano y toa la pesca, y un discurso que le va a echar después a los novios el padre Castañares.

ROSITA.—Yo, antes de venir p'aquí me he quedao a ver salir la novia de casa. Iba pa comérsela, hinchada de satisfacción, con un traje mu blanco, y un velo mu blanco, y llena de azahar por toas partes. Y su tío, que es el padrino, se ha puesto de fraculín, y se ha sacao la raya con banderines. Amos, que iba...

P. VITOLA.—Pa comérselo, ¿verdad?

ROSITA.—Pues ¿y la madrina, la tía de la señorita?...

P. VITOLA.—Esa no ¿iría inflá de sastifación?

ROSITA.—Anda que no; pues no ha cambiao na que digamos; dende que ha visto que a "Riverita" lo traen y lo llevan, y que por "Riverita" van a sacar diputao al señor, y a ella la han hecho hermana mayor de la Adoración Nocturna y la han publicao un retrato en "La Esfera", por ser tía del fenómeno, es otra. En fin, con decirle a usted que hace pocos días se empeñó que

la pusieran en el padrón de las cédulas, ande dice "profesión", tía de "Riverita"...

P. VITOLA.—¡Cómo ciega el brillo de los caireles!

ROSITA.—¿Qué decía usted?

P.VITOLA.—Na, es que hablo conmigo.

ROSITA.—Y "Riverita" estaría también pa comérselo, ¿verdá usté?

P. VITOLA.—Pa morderlo na más. Mia que un torero como él ponerse un traje negro; como que esto de casarse es una cosa muy triste.

ROSITA.—Yo creo que los toreros debían casarse con traje de luces. Un traje blanco y oro pa hacer pareja con la novia. ¿Le esperaba mucha gente pa verla salir?

P. VITOLA.—Figúrate. En este pueblo, ande tiene esta casa y un cortijo, pues es el rey. To el pueblo estaba a la puerta esperándolo, y cuando salió, los mozos se empeñaron en cargarlo a cuestas pa llevarlo en hombros hasta la iglesia. Ya sabía yo que los amores del mataor y la señorita María Luisa acabarían en tragedia.

ROSITA.—¿Se va a matar?

P. VITOLA.—¡Se está casando!

ROSITA.—Pues a mí me parece mu requetebién, porque ella se ha buscao un marido mu requeteguapo y mu requetemarchoso.

P. VITOLA.—Pero ¿tú crees que la señorita quiere al mataor?

ROSITA.—Pues si no le quisiera, ¿se iba a casar? Además, que antes de hablarle ya estaba enamorá de él. Si viera usted las postales y los pedióricos que tiene guardaos con su retrato...

P. VITOLA.—Pero vestido de torero siempre, ¿verdad?

ROSITA.—En todos. Bueno; es que vestido de luces está más guapo que San Antonio de Padua. ¡Dios me perdone! (*Se santigua.*)

P. VITOLA.—¡Y que no ha hecho estropicios ni na entre el bello seso mi Antonio!

ROSITA.—Mire usté; yo soy pero que muy honrada, ¿verdad usté?

P. VITOLA.—¡Pue que sí!

ROSITA.—Y que voy a cumplir veinte años y no he tenido novios, lo que se dice novios formales pa casarse como Dios manda, más que diez u doce; bueno, pues si me encuentro en la calle a "Riverita" dos veces, y me mira, y me quiere ratar como a doña Inés, pues que me rata.

P. VITOLA.—Vamos, que ya te conformarías con que te robara un ratito na más el "Alamares", que buena cara le pones.

ROSITA.—Sí, señor; pa qué se lo voy a negar que me es muy simpático. Y yo a él, que bien veo que me mira cuando yo no le miro.

P. VITOLA.—Pues se viene a vivir con nosotros.

ROSITA.—¡Ay, cuánto me alegro!, porque me parece un chico muy apañadito, y muy hombre de bien, y muy honrao.

P. VITOLA.—Eso, sí; honrao a carta cabal. Una vez le di a guardar cinco duros y no se gastó más que treinta reales.

ROSITA.—Y hablando de otra cosa: ¿cómo no ha ido usted a la iglesia, usted, que es el padre, y la madre, y toa la familia de "Riverita"?

P. VITOLA.—Porque el mataor, que en cuestiones de toreo no hay quien le ponga el pie encima, en esto del amor es un principiante, amos, como si dijéramos un espontáneo de esos que se tiran al ruedo sin permiso de nadie y tien que torear atropellaos, al cornúpeto, y a los toreros, y a los monos; y, claro está, al que no lo coge el toro lo cogen los guardias, que no sé qué es peor. Y to por tirarse al ruedo sin contar con el presidente, que soy yo en este caso.

ROSITA.—Pero a esos que usted dice tengo entendido que les echan no sé qué pena.

P. VITOLA.—¿Y te paece poca la que le están echando al mataor en estos momentos? Por algo le llaman esposa a esa argolla de hierro que tien los presidarios.

ROSITA.—Y usted, que ha sío casao, ¿habla así del matrimonio?

P. VITOLA.—Mira, muchacha, antes de casarme me decía mi difunta: Viviremos como uña y carne. Y luego, pa demostrarlo, me las clavaba. (*Accionándolo.*) Y ahora déjame solo y vete a preparar la ropa de la señorita, que se querrá mudar de traje en seguida pa irse al campo a la merendola.

ROSITA.—(*Al mutis por la derecha.*) Si tos los hombres fueran como éste, apañás estábamos las doncellas.

ESCENA II

VITOLA solo. Abre el saquito de mano que está encima de la mesa.

¡También me da unos encarguitos Antonio! Que le guarde toa la correspondencia femenina que ha tenido pa que no se la coja su mujer. ¿No sería mejor quemarla? Porque los contratos de las corridas extraordinarias que s'han toreao no sirven más que de estorbo. Y másime cuando se tien corridas de abono ya pa toa la vida, porque con la Empresa que l'ha tocao, las extraordinarias no las va a catar, y eso que ofrecimientos de plazas tendrá más que antes.

(Sacando dos enormes paquetes de cartas del saquito.)

¡Hay que ver las mujeres que se han enamorao del mataor!

(Coge una carta y empieza a leerla maquinalmente.)

"Señor don Rafael Rivera.—Muy señor mío: Mi esposo, que es un admirador suyo, tiene mucho gusto en invitarle a usted a tomar el te en su compañía mañana, a las cinco, en esta su casa. Yo me permito apoyar esta invitación, que supongo aceptará.—De usted afectísima amiga y admiradora, *Elena González de los Leones.—Posdata*: Mi esposo no estará en casa, porque a las cinco tiene una junta y no vuelve hasta las ocho. No falte usted."

Y de retratos, no digamos. (*Saca uno y lee.*) "A mi matador de mi corazón, "sulla" que lo es.—*Antonia.*"

Y no está mal la Antonia esta. A ver éste de quién es. (*Saca otro y lee*): "*A mon charmante toreador sa petite Marguerite.* (*Léase como está escrito.*) Y hay que ver cómo está vestida la tal *Marguerite*: toa la tela que le sobra por abajo le falta por aquí. (*Señalando el pecho.*)

ESCENA III

DICHO, ALAMARES y ROSITA. Alamares saca una peluca con unos mechones rubios, al salir se quita el sombrero.

ALAMARES.—(*Por el foro.*) Ahí viene ya toa la comitiva. ¡Mi pare, y qué guapa está la novia!

ROSITA.—(*Saliendo por la primera derecha.*) ¿Se ha acabao ya la ceremonia?

ALAMARES.—¡Ahorita mismo! (*Rosa mira curiosamente la cabeza a "Alamares.*) Pero ¿qué mira usted, prenda?

ROSITA.—¿Usted no tenía antes el pelo negro?

ALAMARES.—Sí; pero Vitola me gastó la chufla de poner agua osigenú en el frasco de la fricción pa la cabeza, y me he güerto más rubio que una panocha. ¡Paezco una cupletera!

(Se oyen voces de los invitados que llegan.)

P. VITOLA.—Voy a esconder todo esto. ¡Pobre Antonio, le acaban de dar el tercer aviso!

(Mutis por la derecha.)

ESCENA IV

MARIA LUISA, MARGARITA, DOÑA AMELIA, JULIA, ANITA, MIMI, TULITA, RIVERITA, DON RAMON, IÑIGUEZ, TIMBALERO, ALAMARES, ALGETEÑO CHICO, TRINCHERILLA, GUITARRA, ROSITA y, a su debido tiempo, VITOLA

RIVERITA.—(*Entrando del brazo de María Luisa.*) Ya está mi palomita en su nío. Pasen, pasen tos, que aquí es su casa. ¿Estás contenta, María Luisa?

(Empiezan a entrar los personajes mencionados.)

M. LUISA.—Me ofendes con tu pregunta. ¿No he de estarlo?

(Rosa, como una exhalación, se abraza a María Luisa.)

ROSITA.—¡Ay, señorita de mi alma, que ya está usté casá! ¡Bendito sea Dios, y qué requeteguapísima la hizo a usté!

(Todo esto lo dice abrazando a María Luisa, y pugnando por quitarle un alfiler.)

M. LUISA.—¿Qué haces, chica, que me vas a romper el velo?

ROSITA.—(*Con aire de triunfo.*) ¡Ay, qué agarrado estaba el condenado!

M. LUISA.—Pero, chica, ¿qué dices?

ROSITA.—Nada, señorita; que le estaba quitando el primer alfiler, a ver si hay otra boda este año.

(Con intención y mirando mucho a Alamares.)

M. LUISA.—Anda, anda, y no seas tonta.

ROSITA.—(*Al mutis y mirando a "Alamares".*) ¡Como no le clave con este alfiler me quedo soltera! (*Mutis por la derecha.*)

RIVERITA.—Pues ahora, con permiso de tos, nos vamos a cambiar de ropa pa dirnos al campo.

TIMBAL.—(*A Iñiguez, que va de "chaquet" y sombrero de copa.*) ¿Pero usté va a dir a la comía con eza ropa de notario?

IÑIGUEZ.—Tengo tiempo sobrado de mudarme. Ahora debemos esperar a los novios para verlos montar en la jardinera; y que creo que lleva cuatro jacas jerezanas con cascabeles que hoy van a sonar a gloria.

RIVERITA.—¿Y Vitola? ¿Ande se habrá metío Vitola, que no ha salío a resibirme?

IÑIGUEZ.—Yo iré a buscarlo.

RIVERITA.—No sa menester. (*Llamando.*) ¡Vitola! ¡Vitola!

P. VITOLA.—(*Saliendo.*) ¿Me llamabas, Antonio? ¿Qué quieres?

RIVERITA.—¿Pero no me das un abraso?

P. VITOLA.—Y ciento. (*Le abraza y se echa a llorar.*)

RIVERITA.—¿Pero qué es eso? ¿Estás yorando? Que no m'ha cogío ningún toro.

P. VITOLA.—(*Aparte.*) Mejor hubiá sido.

M. LUISA.—Vitola, ¡por Dios! que no se va usted a quedar sin Antonio, que va usted a vivir con nosotros; y si Antonio le quiere, yo también le querré; basta que sea cosa suya.

P. VITOLA.—Muchas gracias, señorita María Luisa. Ustedes perdonen...; pero la emoción, señorita, la emoción. (*Llora.*)

DOÑA AMEL.—¡Qué buen hombre es este Vitola!

D. RAMON.—Excelente; no tienes idea.

RIVERITA.—A secarse las lágrimas ahorita mismo y a ayudarme a cambiá de vestío.

IÑIGUEZ.—Para eso estoy yo aquí.

P. VITOLA.—(*Con sequedad.*) Hoy, no. ¿Vamos, Antonio?

D. RAMON.—Te acompañaré yo también, que tendré aquí mi ropa.

(Mutis de Riverita, Vitola y Don Ramón por la izquierda.)

M. LUISA.—¿Quieres ayudarme a vestirme tiíta?

DOÑA AMEL.—Con mil amores.

(Mutis de las dos por la derecha.)

F. Stresno

GUITARRA.—Oye, Alamares, esa muchacha que salió endenantes ¿es la que te camela?

ALAMARES.—La mesma.

GUITARRA.—¿Cómo se llama?

ALAMARES.—Rosa.

TIMBAL.—Pues te comía con los ojos.

ALAMARES.—¡Mi pare! Como que esa Rosa se va a desojar de mirarme.

TULITA.—Margarita, ¿quién es ese pobre hombre que lloraba abrazado a "Riverita", y que se llama... una cosa muy rara, que no debe estar en el almanaque?

MARGAR.—Es el mozo de estoques de mi primo. Vamos, como si dijéramos su apoderado general.

TIMBAL.—Oye, tú, "Algeteño", ¿t'has fijao en el cura, er terno grana y oro que llevaba?

ALGETEÑO.—Superior.

TIMBAL.—Más flamenco es er cura ese que una farda de volante.

ALAMARES.—¿Que si es flamenco el padre Castañares? En cuanto que cambie la sea por er percá pa dir a la juerga, ya veréis lo que es.

GUITARRA.—Y que ar mataó le debe queré la ma.

ALAMARES.—Carcula. Como que con su influencia le han hecho canónigo.

ANITA.—(*A Margarita.*) Qué contenta estarás, Margarita.

MARGAR.—¿Por qué?

ANITA.—Ahí es nada, ser prima del Pontífice de los toreros, como creo que le llaman.

MARGAR.—Estoy deseando ir a verle torear para pedirle que me brinde la muerte del primer toro que mate.

JULIA.—Pues yo le pienso pedir también que me brinde un toro, que Fuentes nada menos me brindó uno.

MIMÍ.—¿Y qué le regaló usté?

JULIA.—¡Qué curiosas son ustedes, niñas!

MARGAR.—Pero a todo esto no me habéis dicho qué os ha parecido mi nuevo primo.

TULITA.—Muy bien. Tiene una figura muy elegante.

MIMÍ.—Y además parece un muchacho muy fino.

MARGAR.—Anda, ya lo creo; como que sabe decir "Beso a usted la mano". "Tanto gusto en conocerla", y otras galanterías por el estilo.

MIMI.—Y yo me fijado además en un detalle importante: que no dice haga, como el papá de Pepita Olmedo, que ha sido gobernador de Guadalajara.

IÑIGUEZ.—(*Que estaba con los toreros se dirige al grupo de las muchachas.*) ¡Qué guapa está usted, Julia!

JULIA.—¿No se había usted fijado hasta ahora?

IÑIGUEZ.—Ya lo creo. Pero no había tenido tiempo de decírselo.

JULIA.—Nunca es tarde.

IÑIGUEZ.—¿Y dónde se ha metido usted este invierno en Madrid?

JULIA.—En todas partes: en los teatros, en los paseos y, sobre todo, en los cines. Las películas me encantan.

MARGAR.—Pues a mí me revientan, la verdad. A la que le gustaba mucho el cine era a María Luisa; pero un día no sé qué la hicieron, que empezó a gritar, y no ha vuelto.

JULIA.—¡Qué imprudente! A mí me pasó lo mismo, y me callé... por no llamar la atención.

IÑIGUEZ.—Usted habrá ido el invierno pasado a todas partes; pero yo declaro (*Mirándole el escote.*) que se la ve a usted muy poco.

JULIA.—(*Mirándose al escote.*) Pues no se apure usted, que en el verano se me verá más.

TIMBAL.—(*A Trincherilla, que está escribiendo en una mesa desde que entró.*) ¡Eh! Don Manué. ¿Está usté haciendo una novela?

TRINCHER.—Estoy escribiendo la información de la boda, para enviarla por correo.

TIMBAL.—No vaya usté a poner que er zeñó Iñiguez estaba empeñao en ser la madrina.

IÑIGUEZ.—¡Qué salvaje! (*Mira el reloj.*) Y el coche, sin venir. Me voy a buscarlo.

(Mutis por el foro.)

MARGAR.—¿No se olvidará usted, señor de "Trincherilla", de hablar de papá y de mamá, que han sido los padrinos?

JULIA, MIMÍ, TULITA y ANITA.—(*Yendo hacia la mesa.*) ¿Y de nosotras, dirá usted algo? (*Con mucha alegría.*)

TRINCHER.—Ya lo creo. No faltaba más.

JULIA.—Pero con nuestros nombres, ¿eh? Póngalo usted ahí, que lo veamos, que los periodistas son ustedes muy trapaleros.

TRINCHER.—Vengan esos nombres.

TODAS A UN TIEMPO.—Julia Solano, viuda de ídem; Margarita del Rincón, Mimí Saavedra, Anita Bermúdez, Tulita López. (*Todo esto con gran algarabía.*)

TIMBAL.—¡Camará, qué motín, paece que reparten novios!

TRINCHER.—Vamos con orden, que si no, nos entenderemos.

JULIA.—Julia Solano, viuda de ídem.

MARGAR.—Margarita del Rincón.

MIMÍ.—Mimí Saavedra.

ANITA.—Anita Bermúdez.

TULITA.—Tulita López.

(Trincherilla simula apuntar y escribir después unas líneas.)

TIMBAL.—La verdá es que las niñas están apetitosas. ¿T'has fijao, "Algeteño"?

ALGETEÑO.—Apetitosas.

TRINCHER.—Ya está.

TODAS.—A ver, a ver.

TRINCHER.—(*Leyendo en una cuartilla.*) Y como formando una verdadera corte de amor, acompañaban a la novia las encantadoras Julia Solano, Margarita del Rincón, Mimí Saavedra, Anita Bermúdez y Tulita López, cuyos labios de claveles semejaban sugestivas macetas para sembrarlas de besos.

TODAS.—¡Ay, qué bonito!

JULIA.—La frase le ha salío a usté presiosa, presiosa.

TRINCHER.—Pues la verdad, no sé si se me ha ocurrido a mí o a Felipe Sassone.

ESCENA V

DICHOS y el PADRE CASTAÑARES

CASTAÑARES.—(*Entrando.*) Buenos días, señores; supongo que no se habrán largao los novios.

TIMBAL.—Entadía, no.

MARGAR.—Buenos días, padre Castañares.

MIMÍ.—¡Hola, padre!

(Le va a besar la mano, y él la rechaza cariñosamente.)

CASTAÑARES.—(*Con mucha naturalidad.*) No se moleste usted, que no me gusta que las muchachas me besen en la mano.

JULIA.—(*Con mucha intención.*) Pero ¿qué dice usted, padre Castañares?

CASTAÑARES.—Nada de particular: que soy enemigo de que me besen la mano; eso está bien para los curas de pueblo y para los chicos de las escuelas.

JULIA.—¡Ah, ya!

CASTAÑARES.—Esta viuda tié peor inetnsión que un morucho capeao.

TULITA.—¿Va usted a venir con nosotros a la comida?

CASTAÑARES.—¡Ya lo creo! ¡Fartar yo a esa fiesta! ¡Pos no lo vamos a pasá bien ni na! Y la primera copla que se cante, la canta este cura.

TULITA.—¿Pero usted canta flamenco?

CASTAÑARES.—(*Al Timbalero.*) ¡Que si canto yo flamenco, tú!

TIMBAL.—Como que cuando dise misa cantá se ve negro pa no arrancarse por soleares. ¿Hay grasia o no hay grasia?

ALGETEÑO.—¡Hay gracia!

JULIA.—La verdá es, y er Señó me perdone, que si no fuera por el uniforme, le tomaban a usté por un mataó.

CASTAÑARES.—Es que yo he nasío en la Macarena, y los que nasemos en ese barrio tenemos er tipo juncá. Si no es por una tía mía, que me metió en er seminario, a estas horas mi nombre era más sonao que las narise.

TULITA.—¿Le gustan a usted los toros?

CASTAÑARES.—Más que a un gato una pescaílla. Si sargo yo a los medios, y me estiro, y le doy a un pavo de treinta arrobas dos lances de frente por detrás, me sacan en hombros.

JULIA.—¿Verdá usté que los toreros de ahora no paesen toreros? Argunos, ni coleta tienen.

MIMÍ.—Pues mi papá tiene en su despacho un retrato de un torero muy antiguo que creo que se llamaba "don Pepe-Hillo", y llevaba una chupa color guinda y un sombrerito que parece una rosquilla.

CASTAÑARES.—Aquél sí que era un torero, lo que se dice un torero, ¡un torero! ¡Como que en la vida se había puesto un flesible! Ahora, el que menos toma güisqui and soda y lleva armidonaos los carsetine.

TRINCHER.—Padre Castañares, aquí le doy a usted un bombo a propósito de la preciosa plática que ha pronunciado usted sobre las excelencias del matrimonio.

CASTAÑARES.—No vale na.

JULIA.—Ya lo creo.

MARGAR.—Muy elocuente y muy sentida; como que después de oirle a usted no sé cómo no hay hombre que no se case.

CASTAÑARES.—No cabe duda de que er matrimonio es el estado perfecto del hombre.

TIMBAL.—(*A los hombres.*) Pues si es tan bueno, ¿por qué no se casa él?

ESCENA VI

DICHOS y PACO VITOLA

P. VITOLA.—¿Ha venido ya el coche?

TRINCHER.—No, porque no se han sentido los cascabeles.

ALAMARES.—Ya habrá dío mi ayudante a buscarlo.

CASTAÑARES.—(*A Vitola.*) Oye, un momento, Vitola.

(Se lo lleva aparte.)

CASTAÑARES.—(*A Vitola.*) Como estás siempre con Antonio, recuérdale que el Obispao de Segorbe sigue vacante, y que si él se empeña, lo consigue.

P. VITOLA.—Pero si esto está medio arreglao ya.

CASTAÑARES.—Es que con la luna de miel se le va a orvidá, y si me dan ese carguillo, es como si hubiese toreao ochenta en la temporada.

P. VITOLA.—Pues descuide usted, padre; se lo diré.

(Mutis.)

ESCENA VII

DICHOS, MARIA LUISA, DOÑA AMELIA y MARGARITA

M. LUISA.—En seguida soy con ustedes.

(Al ver a María Luisa, que luce un mantón de Manila que "desvanece", se produce entre los personajes que hay en escena el natural revuelo, y los hombres se arrancan con unos cuantos piropos.)

TIMBAL.—¡Olé las mujeres serranas!

TRINCHER.—¡Vaya un ramo de flores que se podía hacer con las del mantón y las de su cara!

TIMBAL.—Ande la marchosería.

JULIA.—¡Qué mantón más lindísimo!

DOÑA AMEL.—(*Dándose importancia.*) Es un regalo de mi sobrino.

JULIA.—Pues ha tenío mucho gusto.

(Todas las muchachas admiran el mantón.)

M. LUISA.—Bueno; ahora vuelvo, que voy a ver si está vestido Antonio.

(Hace mutis por donde se fué Vitola. Con ella se van Doña Amelia y Margarita.)

ALGETEÑO.—(*Al Timbalero.*) Mia que habrá tenío unos quince doña Amelia.

TIMBAL.—Pero de eso hace cuarenta y cinco años lo menos.

CASTAÑARES.—Lo que supongo es que en la comida no nos gastarán ninguna bromita pesá.

TIMBAL.—Si no fuera porque hay señoras, ya se me había ocurrío gastá una chufla como la del año pasao en aquella tienta. ¿Te acuerdas, tú, "Algeteño"?

ALGETEÑO.—Sí. (*Riendo.*)

JULIA.—¿Y qué fué?

MARGAR.—Sí; ¿qué fué?

TIMBAL.—Na; una cosa muy grasiosa. (*Riendo.*)

JULIA.—¿De mucha risa?

TIMBAL.—Pa mosotros, sí; les quitamos los tornillos a las camas de argunos invitaos, y cuando se acostaron, toas se esguadramillaron, haciéndose cachos; y entonces metimos en el cuarto una vaca brava, y los convidaos se tiraron de cabeza al jardín por una ventana, cayendo en una tina llena de agua helá, y entre el susto y el resfriao, por poco si se mueren... ¿Hay grasia o no hay grasia?

ALGETEÑO.—(*Riendo.*) ¡Hay gracia!

JULIA.—Muy requetegrasioso, sí, señor.

(Se oyen unos cascabeles, que se suponen en la calle.)

MIMÍ.—El coche para los novios.

JULIA.—¡Y que no se va a lucir María Luisa con ese mantón tan presioso!

TIMBAL.—Yo tengo más hambre que un elefante. ¿Y tú, "Argeteño"?

ALGETEÑO.—También.

ESCENA VIII

DICHOS, IÑIGUEZ y PACO VITOLA. Sale Iñiguez por el foro muy sofocado.

IÑIGUEZ.—Si no es por mí, no llega el maldito coche; ¡menuda carrera me he dado para buscarlo!

JULIA.—¿Pero ha ido usted de chaquet por el pueblo?

IÑIGUEZ.—Y corriendo como un desesperado.

TIMBAL.—¿Y no le han tirao a usted piedras?

IÑIGUEZ.—A mí, no.

TIMBAL.—¡Mia que son buenos en este pueblo!

(En este momento sale Vitola con una cara muy triste. Poco después salen,

María Luisa, Doña Amelia, Margarita, Don Ramón, de americana, y Riverita, con un traje claro o de chaquetilla corta.)

IÑIGUEZ.—(*A Vitola.*) Ya está ahí el coche para los novios.

D. RAMON.—Señores, en marcha.

ALAMARES.—¡Vivan los novios!

TODOS.—¡Vivan!

(Se dirige la comitiva hacia el foro, y Riverita, soltándose del brazo de su mujer, se para en el centro de la escena y dice:)

RIVERITA.—¡Un momento! Voy a hacerle a mi palomita de mi alma el regalo de boda. (*Saca del bolsillo unas tijeras.*) Vitola, córtame la coleta. (*Estupefacción general. Todos se quedan de una pieza, y exclaman*): ¡Eh! ¿Cómo?

IÑIGUEZ.—Pero eso es una locura. ¿Tú sabes lo que vas a hacer?

RIVERITA.—La feliciá de mi María Luisa.

D. RAMON.—¿Pero se te ha ocurrido ahora?

RIVERITA.—Lo tenía yo cavilao hace mucho tiempo. ¿Qué te parece mi decisión? (*A su mujer.*)

M. LUISA.—¿A mí? ¡De perlas!

RIVERITA.—Vamos, Vitola.

(Vitola le corta la coleta. Iñiguez se la quita de las manos, y comienza a besarla.)

TIMBAL.—Con esas tijeras mos acaban de poner er cosído en miriplano.

CASTAÑARES.—Y yo me veo de canónigo toda la vida.

(Los toreros forman un grupo y se llevan el pañuelo a los ojos: las muchachas comentan el acto de Riverita; éste, muy alegre, abraza a su mujer, y Don Ramón indica por señas a su mujer que Antonio se debe haber vuelto loco. Compóngase bien este final y procúrese que caiga rápido el telón.)

TELON

ACTO TERCERO

Un despacho moderno. Dos grandes butacones. Un gran sofá. Una mesa de despacho amplia. En uno de los testeros del foro, una librería moderna, abarrotada de libros de gran tamaño y con los lomos "chorreando" oro. Sobre la mesa, una gran carpeta; delante de ésta, una escribanía muy aparatosa. Un toro áureo sirve de pisapapeles. Una caja de puros con tabaco picado y una maquinilla para hacer pitillos. Dos o tres sillas volantes, un radiador de la calefacción. Puertas laterales primero y segundo término. Un balcón al foro. Un gramófono. Una columna salomónica, y sobre ella un tiesto con palmera. Un teléfono sobre la mesa que juega a su tiempo. Procúrese que sobre la mesa no haya papel alguno. Al levantarse el telón, Rivera, que viste un pyjama y calza chinelas, está sentado en una butaca fumando. En toda su persona, ademanes, etc., revela el más supremo de los aburrimientos.

ESCENA PRIMERA

RIVERITA, a poco MARIA LUISA

(Da dos chupadas al cigarro con gran dejadez y se levanta maquinalmente dirigiéndose a la librería. Coge al buen tuntún un libro, mira el lomo, se encoge de hombros, como diciendo: "¿Qué "leñe" será esto?" Se sienta otra vez, abre el libro, y lee así como el que deletrea:)

RIVERITA.—"*Cosas veredes er Cid que farán fablá las piedras.*"

(Se queda un momento pensativo, y exclama:)

¡Camará! ¡Ya podían escribir en españó! ¡Valiente guasa que tié er librito.

(Se levanta otra vez y va de nuevo a la librería, donde deja el tomo que cogió y saca otro. Leyendo en el lomo:)

"*Fuslerías.*" *Fiacrio Iraizio.* ¡Otro extranjero!

(Lo deja en su sitio, y exclama:)

¡Me paese a mí que er *Romo* y *Fuse* ese de los libros se ha querido quedá conmigo mandándome estos libracos que no los entiende nadie. Si a lo menos tuvieran estampas.

(Pequeña pausa, durante la que se llega al balcón y mira al cielo por la vidrie-

ra. Luego vuelve a sentarse y empieza a hacer pitillos, al mismo tiempo que tarea o silba un aire popular cualquiera.)

M. LUISA.—(*Por la primera derecha. Un poco displicente, como el que está aburrido.*) ¿Vas a salir? ¿Quieres que pida el auto o que enganchen el milord?

RIVERITA.—¿Vamos a dir juntos?

M. LUISA.—No. Espero a tita Amelia y a Margarita.

RIVERITA.—¿Qué santo se ha caío que va a vení tu tía? Porque desde que vivimos en la calle de Sevilla, y va pa ocho meses, no hemos visto el pelo a nadie de tu familia.

M. LUISA.—No se ha caído ningún santo. Es que las he avisado yo. ¿Te molesta que vengan visitas?

RIVERITA.—No sé, porque como hase tanto tiempo que no viene a vernos nadie... Paese que tenemos er tifu... Casa-Iñiguez, que era como mi hermano, cuando me ve en la calle me dise: "Adiós, Antonio." Y sigue su camino. La viua aquella que estaba más tiempo en nuestra casa que en la suya, se debe haber dío a Lima; tu familia, mis amigos, mis armiradores, toos han tomao el olivo.

M. LUISA.—Pues, hijo, yo no tengo la culpa.

RIVERITA.—Ni yo.

M. LUISA.—Eso, tú lo sabrás.

RIVERITA.—¿De moo que no salimos juntos?

M. LUISA.—Esta tarde, no. Quiero ver si me distraigo un poco.

RIVERITA.—Pos yo me queo. ¿Ande viá a dir solo?

M. LUISA.—Yo te lo advierto, por si no te quieres aburrir en casa.

RIVERITA.—De toas las maneras me viá aburrir. (*Pequeña pausa.*) ¿Vamos a dir esta noche al teatro?

M. LUISA.—Si quieren acompañarnos tita Amelia y Margarita, sí. Si no, más vale que no salgamos.

RIVERITA.—Pero podemos dir aunque ellas no vengan.

M. LUISA.—No podemos ir, porque contigo no se puede ir al teatro.

RIVERITA.—Pero, señó, ¿qué hago yo en el teatro? Mientras están los cómicos en er escenario, pues que no pierdo ni un detalle, y cuando acaban...

M. LUISA.—Te pones a leer el telón de anuncios y a preguntarme: ¿A que no sabes dónde pone Petróleo Gal?

RIVERITA.—Eso no lo he hecho más que diez o dose veses.

M. LUISA.—Es que cuando no haces eso te metes en el antepalco a fumar cigarrillos; que no parece sino que te avergüenza estar conmigo.

RIVERITA.—(*Se levanta y se dirige a ella cariñosamente.*) ¿Pero estás loca, moruchita mía?

M. LUISA.—(*Rechazándole.*) Déjame, que hoy tengo un humor...

RIVERITA.—Me espantara yo.

M. LUISA.—(*Irónica.*) Como tú procuras hacerme la vida agradable...

RIVERITA.—¿Ya estamos como toos los días? Pues cuando uno no quiere, dos no riñen. (*Se dispone a hacer mutis.*) ¡Ah! Ya he mandao sacar el abono de los toros pa la temporá prósima: dos delanteras de grada.

M. LUISA.—Has hecho mal, porque no pienso ir a ninguna corrida.

RIVERITA.—(*Se queda un momento pensativo y dice, hablando consigo mismo, al propio tiempo que hace mutis por la izquierda.*) ¡Y que por ella haya yo deajo de ser quien era!

ESCENA II

MARIA LUISA, ROSITA y, en seguida, DOÑA AMELIA y MARGARITA

ROSITA.—(*Desde la puerta segundo término derecha.*) Aquí está la se-

ñorita María Luisa. (*Anunciando.*) La señora y la señorita Margarita. (*Pasan las anunciadas, y Rosa se retira.*)

M. LUISA.—(*Saliendo a su encuentro.*) ¡Hola, tiíta! ¡Hola, Margarita! (*Se abrazan y se besan efusivamente.*) Sentaos aquí. ¿Y el tío?

DOÑA AMEL.—En casa se quedaba, vistiéndose para ir al Congreso... ¿Y tu marido?

M. LUISA.—(*Sin darle importancia.*) Bueno, como siempre. (*A Margarita.*) Chica, ¡qué guapa estás! ¿Cómo andamos de novio?

MARGAR.—Mal. No se acuerda nadie de mí.

DOÑA AMEL.—No la hagas caso, que hay un ingeniero de Caminos, Canales y Puertos que le hace tilín.

MARGAR.—¡Bah!, si apenas se ha fijado en mí.

M. LUISA.—Pero si te has fijado tú en él, es lo suficiente.

MARGAR.—¡Qué maliciosa eres!

DOÑA AMEL.—Bueno, y ¿qué te ocurre, que nos has mandado llamar?

M. LUISA.—Nada. Que tenía ganas de veros y, al propio tiempo, saber por qué no habéis venido a casa en tanto tiempo.

DOÑA AMEL.—Pues, hija, ya ves, porque..., realmente, no sé por qué. Sabíamos que estabas bien. Te han visto en el teatro. Pensábamos venir; pero un día por otro...

M. LUISA.—Y el tío, que pasa por aquí todos los días para ir al Congreso.

MARGAR.—Ya sabes cómo es papá. No le gusta el visiteo.

DOÑA AMEL.—Y qué, ¿eres feliz con tu marido?

M. LUISA.—(*Como la que piensa todo lo contrario de lo que dice.*) Sí.

DOÑA AMEL.—¡Lo dices de un modo!...

M. LUISA.—No; Antonio es muy bueno, me quiere mucho...

DOÑA AMEL.—Pero... porque en lo que ibas a decir hay un pero. ¿Acerté?

M. LUISA.—No sé, tía, no sé.

DOÑA AMEL.—Vamos, sé franca. No eres feliz; nos has llamado para explayarte con nosotras, y ahora no te atreves. (*María Luisa no habla, pero lo dice todo con la cara.*) Como que ese hombre no te convenía. No sé qué es lo que nos cegó a todos, que no lo vimos. Vamos a ver. ¿Tú estás segura de que él te quiere?

M. LUISA.—Segurísima, y yo a él también...; pero no sé qué me pasa, que me aburro. Antonio no me prohibe nada, él hace cuanto yo quiero; vamos a los teatros, a los paseos; hemos viajado por todas partes, y, a pesar de ello, me aburro, todo me causa hastío. Los primeros días de matrimonio no podíamos, como quien dice, salir a la calle: todo eran felicitaciones y saludos; íbamos al teatro, y todos los gemelos estaban fijos en nuestro palco. Aun me acuerdo del día en que por primera vez fuimos juntos a los toros, a los veinte días de la boda; apenas el público se dió cuenta de que Antonio estaba en una delantera, empezó a plaudirle como en sus grandes faenas, y Antonio, de pie, estuvo saludando un gran rato. Luego, a la vuelta de nuestro viaje por el extranjero, parecía que en vez de venir a Madrid, donde nos conocían hasta las piedras, habíamos llegado a un pueblo extraño.

DOÑA AMEL.—Hay que decirlo todo, hijita. Fué una locura que te casaras con un torero; tú debiste casarte con otra persona, con un propietario, por ejemplo, que no te hubieran faltado buenos partidos.

M. LUISA.—En eso, estás equivocada, porque, realmente, yo no me casé con un torero, sino con un propietario. No me negarás que Antonio no es un diestro, es un propietario.

MARGAR.—Lo que te quiere decir mamá es que debiste casarte con un

hombre correcto, bien educado, y no con este pobre infeliz, que será todo lo bueno que tú quieras; pero que cuando se pone fino no sabe decir más que "a los pies de usted" y "tanto gusto en conocerla", y se acabaron las galanterías.

M. LUISA.—Eso es lo de menos, Margarita; lo horrible es que vivo una vida de aburrimiento; aquí no viene nadie, no nos tratamos con nadie. En fin..., con deciros que vivimos en plena calle de Sevilla y cuando salimos no nos miran a la cara ni los toreros. Y por si esto fuera poco, tengo que aguantar en casa al "Vitola" y al "Alamares", que se han quedado de criados, y me indigna ver a ese par de gandules, sobre todo al "Vitola", que le tutea.

DOÑA AMEL.—Y ¿qué haces que no los pones en la calle?

M. LUISA.—Ya se lo he dicho a Antonio que de hoy no pasa.

DOÑA AMEL.—Bueno, y ahora nos vamos.

M. LUISA.—¿Tan pronto? Pero si yo os he llamado para salir con vosotras esta tarde, cenar en vuestra casa y luego irnos al teatro.

DOÑA AMEL.—Pues podemos hacerlo, porque ahora nos vamos a buscar, en un momento, a la viuda de Solano, y volveremos por ti, que ya estarás vestida.

DOÑA AMEL.—Bueno, tita, que no tardéis. Os acompañaré hasta la puerta.

MARGAR.—No te molestes. Hasta ahora.

(Se besan. Mutis de Margarita y Amelia.)

ESCENA III

MARIA LUISA y RIVERITA

RIVERITA.—¿Con quién hablabas, María Luisa?

M. LUISA.—Con tita Amelia y Margarita.

RIVERITA.—Ya podías haber avisao que estaban aquí, pa saludarlas.

M. LUISA.—Como no tardarán en volver, las saludas luego. (*Pequeña pausa.*) Bueno, y, a todo esto, ¿has visto ya a "Vitola"?

RIVERITA.—No ha güerto entadía.

M. LUISA.—Pues ya sabes que hoy mismo los pones al fresco, a él y al otro gandul. Cuando eras torero podía pasar que estuvieran contigo; pero ahora que no eres nadie, no los quiero aquí. ¿Tú crees que está bien que te acompañen esos tipos, que no se quitan la gorra ni para cortase el pelo?

RIVERITA.—Pero ven aquí, palomita asú, y no pienses en esas pequeñeses. ¿Qué quieres que haga? ¿No te mimo como a una criatura? ¿No hago too lo que tú quieres? ¿No son dos criaos tuyos esos infelices?

M. LUISA.—No, no; son dos amigotes tuyos, y no quiero, ¿lo entiendes?, no quiero que estén más en casa.

RIVERITA.—(*Después de un pequeño silencio.*) Está bien; se hará lo que tú quieres. Pero a "Alamares" lo despides tú. Yo no tengo cara pa desirle al pobre muchacho, que ha perdío de colocarse por mí, que se vaya, diciéndole que coja la ropa como a una criá.

M. LUISA.—Pues yo le pondré en la calle. (*Con ironía.*) Pero al otro, a "Vitola", a ése, que es toda tu familia, le pones en el arroyo tú mismo en cuanto aparezca por la puerta.

RIVERITA.—A Paco no le despido yo. (*Pequeña pausa.*) Ese vivirá con nosotros too el tiempo que quiera él.

M. LUISA.—¿De modo que ese hombre puede más que yo, merece más consideración?... Y ¿eres tú el que me adora, el que me adivina los pensamientos?

RIVERITA.—Yo soy ése, el que te quiere, el que te adivina los pensamientos. (*Pausa.*) ¡Ya lo creo que te los adivina! (*Esta frase, muy recalcada*

y mirándola muy fijo.) Por ti soy capaz de too, porque eres pa mí el aire que respiro, la sangre de mis venas. Píeme un imposible, todo, menos que eche de mi vera a ese hombre. "Vitola", tú lo sabes, ha sío pa mí un padre, más en toavía. Cuando yo era un chavea me escapé del Asilo, y rodando por el mundo, pasé mucha hambre y muchas fatigas. Que has de saber, María de mi alma, que yo no he conocido a mis padres, que a mí nadie me ha educao, que yo no he tenido una madre que me enseñara a rezar, como a ti.

M. LUISA.—Todo eso me lo has dicho infinidad de veces.

RIVERITA.—Y ahora te lo repito, pa que veas que si soy bueno ha sío porque lo ha querío la Virgen de la Esperanza, y como soy bueno, no me puedo orvíar de que una tarde de Abril, descarso, traspillao de hambre, con la ropa esbaratá, huyendo de los mastines cortijeros, me fuí a Santiponce a una capea, y con un cacho de mi camisa atao a un palo, me jarté de darle pases a un torazo más grande que la Girarda y con dos cuernos que eran dos esquelas de defunción.

M. LUISA.—Y ¿qué tiene que ver todo eso con mi deseo de que vivamos solos?

RIVERITA.—Tie mucho que ver, porque aquella tarde, después de hacerle cuarenta regates a la muerte, sin haber perdío la color de la cara, conosí a "Vitola", que me había visto de torear, y había sufrío más que yo, y me dió cobijo en su casa, y partió conmigo su pan, y me enseñó a leer y a torear, y me sacó en la plaza de Sevilla, y me trajo a la de Madrid, y por él he sío... ¡quien he sío! Y por si esto fuera poco, ese hombre que tú quieres que le deje abandonao, cuando es viejo y no se pue valé, ha tenío y ha manejao to mi dinero. Yo no sé de cuentas, y tengo millones; él sabe de cuentas, y no tie dos reales. (*Se limpia las lágrimas con el pañuelo.*)

M. LUISA.—Pues si es tan honrado y te quiere tanto, dale una pensión para que viva, pero en otra casa. Aquí no puede vivir, no quiero yo que viva ese hombre, que me odia, lo conozco muy bien. Si por él hubiera sido, yo no me habría casado contigo, estoy segura.

RIVERITA.—Eso no es verdá. Cuando venga, te pedirá perdón de roíllas si es preciso; perdónalo, María Luisa; mira que te lo píe un hombre que se ha jugao la vida riendo y que tiembla de pensar que puede perderte alguna vez.

M. LUISA.—No transijo. Ese hombre o yo, ya lo sabes. (*Mutis por primera derecha.*)

RIVERITA.—(*Se queda un momento pensativo y luego dice, haciendo mutis por primera izquierda*): Mardita sea la hora en que me vestí el primer traje de luces.

ESCENA IV

ALAMARES, y a poco ROSITA

ALAMARES.—(*Sale por el foro con un par de botas de señora en la mano.*) Er mismo so no brilla más. ¡Mi pare!

ROSITA.—(*Entrando.*) Oye, tú, ¿has limpiao ya las botas de charol de la señorita?

ALAMARES.—Entavía no.

ROSITA.—Pues no te molestes, que yo las limpiaré.

ALAMARES.—¡Mi mare! ¿Qué santo es hoy pa que te dirnes echarme una mano? (*Deja las botas y el paño de limpiarlas sobre un mueble.*)

ROSITA.—Ninguno; es que a la señorita no le gusta cómo la dejas el calzado. ¿Te molesta que te ayude?

ALAMARES.—No sé, porque como hace tanto tiempo que no me ayúas, paese que aquí no hay más criao que yo.

ROSITA.—Pues yo no tengo la culpa.

ALAMARES.—Pero ven acá, rosita de Abrí, que hase unos diítas que no sé qué te pasa. ¿Estás enfadá conmigo? ¿Qué te he hecho yo? Ven p'aquí. (*Muy amoroso.*) ¿Vamos a dir er domingo ar sine?

ROSITA.—Contigo no voy yo más al "cine".

ALAMARES.—¿Pero qué hago yo en er sine?

ROSITA.—Na; por eso no quiero ir contigo, porque parece que voy sola; no me hablas, estás hecho un pasmarote.

ALAMARES.—Porque estoy atento a la película; pero en cuanto que dan la luz...

ROSITA.—Te pones a comer avellanas tostás y acaramelás, que te va a dar cólico.

ALAMARES.—Es que llevas unos días que no se te pue hablar.

ROSITA.—Y tú haces todo lo posible por halagarme, ¿verdad?

ALAMARES.—Pero ¿no sabes que me ties güerto er sentío? ¿Puedo jasé más de lo que jago? "Alamares", ayúame a dar sera al recibíor, y ya está "Alamares" bailándose una fostrope pa poner lustroso er piso. "Alamares", ¿por qué no le das luxol a las corbeteras? Y "Alamares", que ya está poniendo er metá como las moneas de sinco duros.

ROSITA.—Es que los tiempos cambian mucho. (*Presumiendo mucho.*)

ALAMARES.—En eso ties rasón, porque endenantes paese que no me mirabas con malos ojos.

ROSITA.—Lo que ocurre es que he echao mis cuentas y he visto que no me conviene un criao.

ALAMARES.—¡Mi pare! ¿Y qué era yo hase un año? ¿Inginiero?

ROSITA.—¡Una tontería! El ayudante de la persona de confianza del "pontífice", del "fenómeno", como si dijéramos el menistro de Hacienda, y tenías hasta un señorito pa que te hiciera los recaos.

ALAMARES.—No me amargues la vía, por tu salú; que hoy se cumple el año de la catástrofe. Tar día como hoy, er mataó dejó de ser er mataó.

ROSITA.—Pues si quieres que tal día como hoy, el año que viene, estemos juntos, ya te puedes buscar una colocación mejor.

ALAMARES.—Pero, ¡chiquilla!, ¿estás loca? ¿Cómo voy a dejar al amo?

ROSITA.—Pues despidiéndote de él y pidiendo la cuenta.

ALAMARES.—No; yo no pueo dejarle. "Riverita" ha sío pa mí ¡más que una ama seca! Yo no orviaré en jamás que me había venío de Sevilla a Madrid con billete de tope; y una tarde, cuando yo trataba de colarme en la plasa con un pase "personá intransferible"...

ROSITA.—¿Qué pase es ése?

ALAMARES.—Pues trepando por las paderes pa meterme por las rejas. Y en aquer momento me trincó un municipá, que empezó a darme una jartá de tortasos... Entonses pasó "Riverita", que era novillero, en er coche, y al ver aquello, le dijo ar municipá: "¡Eh, amigo, que er chiquillo ese no es un ferpúo! ¿Por qué le sacúe usté tan fuerte?" Porque quería verle a usté de toreá sin pagá, le dije yo. Y fué "Riverita" y le dijo a "Vitola" que me diese un duro pa la papeleta, y ar día siguiente fuí a su casa a darle las grasias, y se compadeció de mí, y entré de ayudante de "Vitola". Y aun quies que lo abandone. (*Dándose importancia.*), cuando por ese hombre he sío yo... ¡quien he sío!

ROSITA.—Pues yo no tengo que contestarle más que una cosa: el señorito o yo.

(Mutis por la primera derecha, llevándose las botas que sacó Alamares.)

ALAMARES.—(*Hablando consigo mismo.*) ¡Mardita sea la hora en que nos pasamos a la reserva!

ESCENA V

ALAMARES, P. VITOLA y, en seguida, RIVERITA

P. VITOLA.—(*Por el foro.*) Tú, ¿qué haces aquí?

ALAMARES.—Repudrirme.

P. VITOLA.—¿Ha salido Antonio?

ALAMARES.—No ha salío.

RIVERITA.—(*Saliendo.*) Paco, tengo que hablar contigo.

ALAMARES.—Eso quié desir...?

RIVERITA.—Eso quié desir que tengo que hablar con éste. (*Por Vitola.*)

ALAMARES.—(*Haciendo mutis.*) Ya, ya me había hecho cargo.

P. VITOLA.—¿Qué se te ofrece?

RIVERITA.—Ahora te lo diré... Verás... Se trata de una cosa mu seria... pero mu seria. Tú ya sabes que yo... vamos, que tú eres pa mí... ¿pa qué te voy a explicar lo que eres pa mí?... Y lo que tengo que desirte es argo. . que me va a quemar los labios... pero las circunstansias... de la vía lo ponen a uno en er camino de jaser una trastá y...

(Vitola va poniendo una cara bastante triste, porque adivina de lo que se trata.)

P. VITOLA.—No te molestes, Antonio, que de sobra sé yo lo que no te atreves a decirme. Hace tiempo que lo esperaba.

(Riverita va a hablar y Vitola le impone silencio con un gesto.)

No quiero que te quemes los labios, te lo diré yo. Esa cosa tan seria es na más que yo líe mi petate y me largue.

RIVERITA.—No, no es eso. Se trata de que en vez de vivir aquí, con nosotros, que es muy aburrío, te vayas a una fonda..., a un hotel; yo iré a verte. Y ni que desir tiene que a ti no te fartará na... ¿Me comprendes?

P. VITOLA.—De sobra que te comprendo. Está bien; me iré, haré lo que tú quieras, a ver si así eres feliz en tu casa...

RIVERITA.—(*Sin mirar a Vitola.*) Es que ahora, de momento, hemos decidío mi mujer y yo dirnos ar campo una temporaíya... y por eso...

P. VITOLA.—No me expliques na, que yo estoy al cabo de la calle... ¿Pa qué me vas a dorar la píldora. De sobra me sé yo que a ti no se te ha ocurrido esto de que yo me vaya. ¿Irme de aquí? Más aún, desaparecer por completo, esconderme ande nadie me vea. Porque tú no sufras tanto como tú estás sufriendo, soy yo capaz de... Así es que me voy. Adiós, Antonio, adiós. (*Llega muy cerca de la puerta del foro y mira tristemente a Antonio, que está sentado y tapándose la cara con la mano.*) Me marcho... Adiós, Antonio... adiós... adiós...

(Mutis. Pequeña pausa. Antonio levanta la cabeza, ve que se ha marchado Vitola y, con decisión, va al foro.)

RIVERITA.—(*Llamando.*) ¡Paco! ¡Paco!

P. VITOLA.—(*Desde la puerta.*) ¿Me llamas?

RIVERITA.—Sí, te llamo; ¿ande vas?

P. VITOLA.—¡A la calle!

RIVERITA.—Eso no puede ser.

P. VITOLA.—¿No me acabas de echar de tu casa?

RIVERITA.—¿Yo?

P. VITOLA.—¡Tú!

RIVERITA.—¿Pero he tenío yo valor de echarte de mi vera? Eso no pué ser. Entiéndeme, Paco, entiéndeme. Lo que acabo de desir es lo que quiere mi mujer que te diga: ahora, que yo no te lo digo...

P. VITOLA.—¡Qué desgraciao eres! Y lo malo es que esta pena tuya no tiene compostura, porque tu mujer no te quiere y tú ciegas por ella.

RIVERITA.—¿Estará enamorá de otro hombre? Si tú sabes algo, cuéntamelo, por tu salú.

P. VITOLA.—No t'alarmes, que de quien está enamorá no te puede poner en ridículo. Los que han leío y han estudiao, no sé cómo lo llamarán; yo, le llamo el postín. De ese es del que está enamorá. Tú le aburres, yo la pongo los nervios de punta. No somos de su clase. Acuérdate cuando yo te decía: Antonio, no te cases con una mujer educá en el Extranjero, que no sabrá gobernar la casa y al ajuar le llamará *trunseau* y a los vestidos *toilettes* (1) y a las cuchipandas con el señorío *soirées* (1).

RIVERITA.—Te sobra la rasón; pero esa mujer no sé qué me ha dao, que no pueo viví sin ella.

P. VITOLA.—Lo que pasa es que ella se enamoró de lo que te he dicho, y tú, en cambio, te enamoraste de ella, como un hombre honrao, pa toa la vida.

RIVERITA.—Tú eres el único que me habla con el corazón.

P. VITOLA.—Como que tú y yo somos uno na más. Porque yo, ¡que no he podido ser torero!, te he hecho torero a ti; porque cuando un bicho te ha dao la voltereta, el porrazo me ha dolido a mí más, y cuando, después de una tarde de las tuyas, te han sacao en hombros por la puerta grande, a mí me se saltaban las lágrimas, porque me creía que eras hijo mío y que al ovacionarte me aplaudían a mí también. (*Llora.*)

RIVERITA.—Pero tú dudas de que yo te quiero? Lo que pasa es que mi mujer manda más que yo, ya lo sabes.

P. VITOLA.—¡Mandar más que tú, que a los veinte años mandabas en toa España!

ESCENA VI

DICHOS, ROSITA y el PADRE CASTAÑARES

ROSITA.—Señorito, el padre Castañares.

RIVERITA.—Que pase enseguía. (*Mutis de Rosa.*)

P. VITOLA.—Entonces quié decirse que me voy.

RIVERITA.—Entonces quié desirse que te queas.

CASTAÑARES.—(*Entrando.*) ¡A la pa e Dios, Antonio! ¡Hola, maestro Vitola! (*Se dan la mano.*)

RIVERITA.—Dichosos los ojos que le ven a usted. ¡Claro, como uno ya no es nadie! Siéntese usted y cúbrase si quiere.

CASTAÑARES.—¡Qué me vi a cubrí, si esta castora da una clase de caló que súas como pa curarte un catarro! Bueno; tú dirás pa qué querías verme... ¿Hay que dirigí arguna becerrá benéfica?

RIVERITA.—Pa una cosa grande. Yo me he pensao que como es usted cura, me podrá haser un favor inmenso.

CASTAÑARES.—Si está en mi mano dalo por hecho.

RIVERITA.—No se vaya usted a creer que es un asunto fasiliyo... Se trata de mi mujé.

CASTAÑARES.—Y ¿qué es ello?

RIVERITA.—Yo quería explicarlo con muchos requilorios; pero no asierto; asín es , que lo diré a mi manera. Yo deseo, padre Castañares, que convensa usted a mi mujé... de que debe quererme.

P. VITOLA.—¡Azufaifa!

CASTAÑARES.—(*Riendo.*) ¿Na más que pa esa pequeñez me has llamao? Pos has de sabé, Antoñito de mi vía, que lo que tú me píes es más difísi que cambiá e roíllas a un morucho torcao. Pero ¿qué os pasa? ¿Estáis de monos?

---

(1) **Pronúnciese como está escrito.**

P. VITOLA.—¿De monos? ¡Sí, sí! De orangutanes están éstos.

CASTAÑARES.—Pos, chiquillo, yo bien creía que estabais más contentos que un gato con un carrete.

RIVERITA.—¡Qué vamos a estar contentos!...

P. VITOLA.—Ni lo están, ni lo han estao, ni pueden estarlo. La señorita no ha querido nunca a Antonio.

CASTAÑARES.—Eso no puede ser. María Luisa es más rica que tú, María Luisa ha despreciado muy buenos partidos. Sólo por amor puede explicarse que se haya casado contigo.

P. VITOLA.—La señorita no se casó con Antonio. Enamorá, cegá por el

brillo de los caireles, se casó con un traje de luces. Se apagaron las luces, se arrinconó la palmatoria.

CASTAÑARES.—En esto tiene una mijilla de razón Vitola. Tú no eres "Riverita". "Riverita" desapareció el día que abandonaste tu profesión.

RIVERITA.—Pero ¿no dejé yo los toros por mor d'ella?

CASTAÑARES.—Certísimo; pero tiene razón éste; tú no eres el mismo. Antes no podías ir a parte alguna sin llamar la atención, sin que te abrazaran centenares de amigos, de admiradores, y las muchachas, tú me lo has dicho muchas veces, te miraban embobás y se decían bajito: "Ese, ése es "Riverita."

P. VITOLA.—¡Anda!, y las mamás pedían la vez.

RIVERITA.—Verdá, mucha verdá. Toos me han abandonao.

CASTAÑARES.—Eso te demostrará que es verdad lo que dice Vitola. Ahora, que si quiés tanto a tu mujé, conquístala de nuevo.

RIVERITA.—Si ella me comprendiera, si ella volviera a ser pa mí lo que ha sío, yo me sacrificaría y... no sé, no sé. Mi final ya veréis ustedes cómo es haser un disparate.

CASTAÑARES.—No tienes derecho a ofender a Dios. Ten carma, reflexiona, y verás que María Luisa tiene un poco de rasón. Ella te conosió y te quiso torero, y se comprende que te quisiera, porque tú, Antonio, no sabes lo que has sío en el toreo. Tú has estao de non. El día que te fuiste de los toros pusieron un crespón en la bandera y no ha venío nadie a quitarle. ¿Cómo no se había de enamorar María Luisa de ti, si éramos muchos los enamoraos de "Riverita"?

P. VITOLA.—(*Emocionado.*) ¿Se acuerda usted, padre, de la tarde que salió en Sevilla?

CASTAÑARES.—¡Que si me acuerdo! En er primero estuviste hecho un jabato; pero salió el último, ¡Madre del Amor Hermoso!, ¡qué toro!, ¡un pavo!, treinta y dos arrobas, verdugo y con dos pitones que eran dos entierros de tercera. ¿T'acuerdas, Antonio? Te hincaste e roíllas, y... ¡el delirio! La gente se quedó afónica de aclamarte, tú te quedaste sordo de oir parmas, y er toro se fué pa el otro mundo de los toros diciendo: "¡Pero que mu bien, Riverita! Eres más valiente que yo."

P. VITOLA.—Y cuando se arrematò la corrida, después de pasearlo a cuestas por toa Sevilla, se lo llevaron a Triana, a mi casa, que era más pequeña que un alfiletero y en la que no había ascensor, ni termosifón, ni suelo pa patinar; pero allí entraba el sol y la alegría, que son los que espantan los malos pensamientos y no dan lugar a que lloren los hombres que son buenos y no han hecho mal a nadie. (*Llora.*)

RIVERITA.—Y dende aquella tarde lo tuve too: mujeres, dinero, amigos, armiraores, toito lo der mundo, y pa remate der ramillete, una señorita que se enamora de mí y yo de ella, y mos casamos, y luego... na, ¡la ruina! ¿Qué haría yo pa que mi María Luisa me quisiera como antes?

CASTAÑARES.—Yo tengo el remedio.

RIVERITA.—Dígalo, que por grande que sea lo que haya que jaser, yo lo jago.

CASTAÑARES.—Lo que yo no sé es si tú serás capaz de hacer lo que a mí se me ocurre.

RIVERITA.—Lo hago.

CASTAÑARES.—Pues yo creo que ganas otra vez a tu mujer si... vuelves a torear. (*Riverita se pone muy triste.*)

P. VITOLA.—¡Valiente clase de guasa que tié este presbítero!

RIVERITA.—Pué que sea verdá.

CASTAÑARES.—Lo afirmo. María Luisa volverá a ti cuando tú seas el mismo que ella conoció, el fenómeno, el ídolo de España.

RIVERITA.—Seis meses hace que no pienso más que en volver a torear. No se lo he dicho a nadie, ni a éste (*Por Vitola.*) ni a ella.

P. VITOLA.—Si por ella fuera, mañana toreabas. Está deseando ser otra vez la *fenómena consorte;* pero tú no debes volver a torear, porque ahora eres una especie de figurín de "La Moda Práctica" que quié vivir tranquilo con su mujer y con los dineros que a costa de tu sangre te has ganao. ¡El que corta el cupón no se arrima ni en broma! ¡Créeme a mí!

RIVERITA.—Estás equivocado; yo no les tengo miedo a los toros, le tengo miedo a perder su cariño.

P. VITOLA.—A ella y a volver a vestirte la casaquilla.

RIVERITA.—No estás en lo cierto. Mi vida es esta mujer, y por que me quiera lo hago yo todo, todo.

P. VITOLA.—Tú harás lo que quieras; pero lo mejor que te puede pasar es que un toro te quite de flamenco.

CASTAÑARES.—Esto no es lo mismo; no hace na que se peina sin trenza, y, sobre todo, yo he dao una idea, y prueba de que no era una locura que Antonio lo tenía pensao y requetepensao.

P. VITOLA.—Está muy bien. Pa qué vamos a hablar más. ¿No ve usted que le conozco mejor que a mí mismo? Ya puede usted encargar su barrerita pa la reaparición de Antonio en el matadero, porque éste no va a la plaza de Madrid, va al matadero.

RIVERITA.—(*Abrazándole.*) ¿Me quieres tanto que te ciega el cariño? ¡Si tuviera yo tan cierto lo que quiero como que voy a ser otra vez "Riverita"!

CASTAÑARES.—Eso está escrito.

RIVERITA.—Voy a llamar a María Luisa; no quiero arrepentirme. Y si no, no. Quiero que seas tú mismo (*A "Vitola".*) el que la dé la noticia.

P. VITOLA.—Pa que tenga algo que agradecerme, ¿verdad?

RIVERITA.—(*Acercándose a la primera derecha.*) ¡María Luisa!

ESCENA VII

VITOLA, MARIA LUISA, CASTAÑARES y RIVERITA

P. VITOLA.—(*Aparte.*) Primero, el casorio; ahora, el suicidio.

M. LUISA.—(*Saliendo.*) ¡Hola, padre Castañares! ¿Qué querías, Antonio?

RIVERITA.—Vitola, que tiene que desirte no sé qué.
(Riendo.)

M. LUISA.—¿A mí?

P. VITOLA.—Sí, señorita, a usted.

M. LUISA.—Pero ¿no ha hablado usted ya con el señorito?

P. VITOLA.—Sí.

M. LUISA.—¡Entonces, no comprendo!...

RIVERITA.—(*Muy alegre.*) Vamos, hombre (*A "Vitola".*), rompe ya de una ve.

P. VITOLA.—Pues na, que tengo que darle un encargo del matador.

M. LUISA.—Querrá usted decir del señorito.

P. VITOLA.—Quiero decir, y digo, del mataor, porque el señorito Antonio vuelve a ser el matador Antonio Rivera, "Riverita"; ese es el encargo.

M. LUISA.—¡Pero usted se ha vuelto loco!

P. VITOLA.—(*Aparte.*) Ojalá.

RIVERITA.—No está loco, María Luisa; Paco tie razón.

M. LUISA.—Pero explícame...

RIVERITA.—Pos na. Que después de hablá y de cavilá... y de ver unas cosas y otras cosas... he pensao que hoy hase un año me fuí de los toros, y ahora he decidío... pos... pos gorver a toreá. ¿Qué te parese?

M. LUISA.—(*Con alegría, que trata de ocultar.*) Pero ¿es verdad eso, padre Castañares?

CASTAÑARES.—Es verdad.

M. LUISA.—(*A Antonio.*) Y ¿qué quieres que me parezca? Si a ti te agrada, a mí me agrada también. ¡No me ha de agradar! (*Con alegría.*)

P. VITOLA.—(*Aparte.*) Eso no es una mujer. Eso es un cocodrilo con faldas.

M. LUISA.—Y ¿es inquebrantable esa decisión?
RIVERITA.—Del tóo.

ESCENA VIII

DICHOS y ALAMARES, por el foro, con la gorra puesta.

ALAMARES.—(*Entrando.*) Con permiso de ustés, yo quería hablar dos palabras con er señorito.
RIVERITA.—Ya pues empesá, y ponte la gorra si quieres. ("*Alamares*" *se la quita.*)
ALAMARES.—Er caso es que me da vergüensa delante de tantas presonas.
M. LUISA.—¿Es algún secreto?
ALAMARES.—No, señorita.
RIVERITA.—Vamos, di lo que sea.
ALAMARES.—Pos es er caso... que yo... yo... venía a pedirle a usté la cuenta.
M. LUISA.—¡La cuenta! Pero ¿es que piensa usted marcharse?
ALAMARES.—Sí, señorita.
M. LUISA.—Pero ¿usted sabe lo que se dice? ¿Marcharse, ahora que el matador le va a necesitar más que nunca?
ALAMARES.—¡El mataor!
RIVERITA.—Sí, hombre, sí. ¿No sabes que he desidío gorver a los toros?
ALAMARES.—(*Loco de alegría, se le cae la gorra al suelo.*) Pero ¿es verdá? Pero ¿no es una chufla?
CASTAÑARES.—Lo que oyes. Antes de veinte días estás dando sancás por el callejón de la plasa e Madrí.
ALAMARES.—(*A Antonio.*) Por los ojos de su cara, déjeme usté que le abrase y que le bese... (*Le abraza.*) Y usté amtbién, padre Castañares. (*Le abraza.*) ¡Y usté, señorita!
(Va a abrazarla, y Antonio lo impide de un empellón.)
RIVERITA.—¡Pero qué jase, güeso!
M. LUISA.—No le riñas, Antonio. ¿No ves lo que nos quiere el pobrecillo?
ALAMARES.—(*A "Vitola".*) Y ¿usted no se alegra, "Vitola"?
(Va a abrazarle, y Vitola le contiene con un ademán.)
P. VITOLA.—Yo no puedo, porque estoy estudiando pa sauce.
M. LUISA.—(*Riendo.*) ¡Qué salidas tiene! (*A Antonio.*) ¡Mira que estudiar para sauce!
ALAMARES.—Bueno; ahora me yego en dos brincos ar café der Lión d'Or, que está ahí al lao, a contárselo a toíto er mundo. Y vi a dar un mitin que va a ser más sonao que la guerra europea. (*Medio mutis.*) ¡Ah!, y la presumía esa de la Rosa me va a tener que hablar de roíllas y en paper de a peseta. (*Mutis corriendo por el foro.*)
RIVERITA.—(*Va al foro.*) Pero, ¡chico!... ¡"Alamares"! (*Riendo.*) Va a noventa por hora.
M. LUISA.—¿No ves que la alegría le ha vuelto loco, lo mismo que les pasará a tus amigos cuando se enteren?
RIVERITA.—¡A mis amigos! ¡Valiente clase de amigos he tenido yo!
M. LUISA.—(*A "Vitola".*) Pero ¿qué hace usted ahí? Acérquese, ¿o es que le disgusta a usted la decisión de mi marido?
P. VITOLA.—¡A mí, qué me tiene de disgustar; muy al contrario! Me parece bien que vuelva (*Con intención.*) a lo suyo, y es más, quizá que hubiera estao un poco mejor que hubiá seguido en lo suyo, vamos, que no se hubiera retirao.

M. LUISA.—Tiene usted muchísima razón; pero, por Dios, no ponga usted esa cara tan seria, que se da de cachetes con la alegría que tenemos todos, porque usted está más triste que un perrillo sin cola. Bueno. (*Riendo.*) Ya puede usted prepararse a que yo le moleste unos días.

P. VITOLA.—Lo que usted mande.

.M. LUISA.—Quiero que me enseñe usted a vestir a mi marido.

P. VITOLA.—Eso tiene poca ciencia, es como la carrera de aguaor, que se aprende en el primer viaje.

M. LUISA.—(*A Antonio.*) Supongo que esta tarde vendrás a darte un paseo en coche con tita Amelia, con Margarita y conmigo, que no tardarán en venir.

RIVERITA.—Lo que tú quieras.

ESCENA IX

DICHOS, ROSITA y el señor DAMIAN, con un gran uniforme.

ROSITA.—(*Desde la puerta.*) Señorito, el portero, que desea verle un momento.

RIVERITA.—Que entre.

ROSITA.—Pase usted, señor Damián.

SEÑOR DAMIAN.—(*Desde la puerta.*) ¿Dan ustedes su licencia?

M. LUISA.—Adelante. ¿Qué le ocurre?

SEÑOR DAMIAN.—Que acaba de decirme el "Calamares" ese, malos demonios se lu lleven, que parecía un turbellino, con perdón sea dicho, que don Antonio, aquí presente, había decididu dejarse la coleta otra vez, y como yo soy más flamencu que mi paisano "Celita", y ustedes perdonen la cumparación, pues he queridu ser el primero en felicitarle, y he subido a pedirle por favor que me guarde aunque sea una andanadita de sol, mejorando lo presente, para el día en que don Antonio vea de nuevo la luz pública en la mizquita de la carretera de Aragón.

CASTAÑARES.—Este portero es más elocuente que er deán de la catedrá.

RIVERITA.—Pues nada, señor Damián; muchas grasias por su felisitasión, y cuente usté con un biyete.

P. VITOLA.—Ya le daría yo meseta de toril para ver si pescaba una insolación.

SEÑOR DAMIAN.—Pues tantas gracias, y ya sabe que si por mí es, le darán hasta las orejas de los toros que maten sus compañeros, dicho sea sin ánimo de ofender. Conque, que sea enhorabuena, y mandar. (*Mutis.*)

M. LUISA.—¿No ves, Antonio? Hasta el pobre portero se alegra.

CASTAÑARES.—Y tóo er mundo se alegrará.

P. VITOLA.—(*Aparte.*) Ahora sí que se pue decir aquello de "qué bien se ven los toros desde la barrera".

ESCENA X

DICHOS, EL TIMBALERO, CASA-IÑIGUEZ, ALGETEÑO CHICO y TRINCHERILLA

ROSITA.—(*Desde la puerta.*) Señorita, señorita (*Muy alegre.*): un montón de gente que quiere ver al señorito.

M. LUISA.—Que pase todo el mundo. (*Con alegría.*)

P. VITOLA.—Ya está ella en sus glorias. (*Aparte.*)

TIMBAL.—(*Que entra seguido de Iñiguez, "Algeteño" y "Trincherilla". Dése al cuadro gran animación y alegría.*) Mos lo acaban de desir y no lo habemos creído. ¿Verdá tú, "Argeteño"?

ALGETEÑO.—¡Verdá!

TRINCHER.—¿Es cierto que vuelve usted al toreo?

CASTAÑARES.—Ciertísimo.

IÑIGUEZ.—Estábamos tomando café en el Lión cuando llegó "Alamares" con la noticia, que cayó como una bomba en la tertulia.

TRINCHER.—Y salimos todos corriendo hacia aquí sin acabar de tomar el café.

TIMBAL.—Y sin pagarlo. ¿Hay grasia o no hay grasia?

IÑIGUEZ.—Y allá dejamos a "Alamares" liado con el teléfono.

RIVERITA.—Pus la cosa es un hecho.

IÑIGUEZ.—Permíteme que te felicite y te abrace, porque ya sabes que tú para mí eres un hermano.

TRINCHER.—Yo me voy escapado al periódico para que tiren un extraordinario y lo pongan en el transparente, y de paso mandaré un fotógrafo. (*Dándole la mano.*) Que sea enhorabuena, y conste que yo soy de los incondicionales. Señora, a sus pies. Adiós, padre Castañares. (*Mutis.*)

TIMBAL.—Supongo, "Riverita", que habrás contao conmigo. Yo ahora no estoy con nadie; pero lo dejo tóo por ti. (*Pausa.*) Si me emprestaras unos duros pa desempeñá la mona...

P. VITOLA.—¿Hay gracia o no hay gracia?

TIMBAL.—¡No hay gracia!

RIVERITA.—Desde luego que cuento contigo y con éste (*Por el "Algeteño".*), y con toa mi cuadrilla de antes (*A "Timbalero".*), y cuenta con ese dinerito.

ALGETEÑO.—Gracias.

TIMBAL.—Y que no jasía farta ni na un "Riverita" en la plaza pa quitá muchos moños.

GUITARRA.—Como que er día que éste se retiró le pusieron un crespón a la bandera de la plaza.

IÑIGUEZ.—Y en la bandera está.

(Suena el timbre del teléfono que hay sobre la mesa de Riverita.)

M. LUISA.—(*Cogiendo un auricular.*) ¿Quién llama?... Aquí es... ¿Con quién hablo?... ¡Ah, tanto gusto!... Completamente cierto... Bien, bien; muchas gracias.

RIVERITA.—¿Quién era?

M. LUISA.—(*Rebosando alegría.*) No te lo puedes figurar. El presidente del Consejo, que dice que ha llegado al Congreso el rumor de tu vuelta al toreo, y preguntaba si era verdad. Le he dicho, naturalmente, que sí, y me ha encargado que te dé la enhorabuena y te diga que se alegra mucho como presidente y como liberal.

CASTAÑARES.—Oye, Antonio; ahora sí que podías desirle al presidente que el obispao de Sigüensa está vacante y...

M. LUISA.—Descuide usted, padre, que eso corre de mi cuenta.

CASTAÑARES.—Entonse está hecho.

ESCENA XI

DICHOS, DOÑA AMELIA, MARGARITA, JULIA y DON RAMON

(Entran todos, en medio de la mayor animación. El primero que entra es don Ramón, que se va muy decidido a Antonio y le abraza.)

DON RAMON.—Que sea enhorabuena, querido sobrino; al ir hacia el Congreso he visto la noticia en un transparente que han puesto en las Cuatro Calles, y no he querido detenerme ni para decírselo a mi mujer, que se apeaba del coche ahora mismo a la puerta de esta casa.

M. LUISA.—Es que estoy esperándola para ir a paseo.

DON RAMON.—Hoy es día de gala. Abrázame otra vez.

M. LUISA.—¿Te parece, Antonio, que pasemos al comedor? Invita a tus amigos.

RIVERITA.—Lo que tú quieras.

M. LUISA.—Rosa. (*Llamando.*)

ROSITA.—Señorita.

M. LUISA.—Lleve usted al comedor unas botellas de Jerez y de coñac, que ahora vamos.

TIMBAL.—Y argo de ensopantes pa trasegá er vinillo. (*Mutis de la criada.*)

ESCENA ULTIMA

AMELIA, MARGARITA y JULIA, por el foro.

JULIA.—Buenas tardes, señores.

DOÑA AMEL.—Pero ¿qué pasa?

MARGAR.—¿Ocurre algo extraordinario?

M. LUISA.—Ahora os lo contaremos; pasen, pasen por aquí... (*Indicando primera izquierda.*)

DON RAMON.—Pues ocurre...

CASTAÑARES.—Yo lo diré. (*Con énfasis.*) Pos ocurre que le acaban de quitar el crespón a la bandera.

(Las señoras ponen cara de extrañeza.)

M. LUISA.—Vamos al comedor.

(Comienzan a entrar por la primera izquierda.)

P. VITOLA.—(*Viéndolos marchar.*) El crespón que le han quitao a la bandera me lo acaban de poner a mí (*Señalando el corazón.*) aquí dentro.

TELON

ACTO CUARTO

La escena representa una sala elegantemente amueblada en casa de Riverita. Sobre una butaca, una casaquilla y un chaleco de un traje de luces. En una silla un capote de paseo. Apoyada en ella, una funda con tres estoques. Al pie de la silla, una esportilla con unos capotes y unas muletas dobladas; junto a la esportilla, un botijo. Al foro, balcón practicable. Puertas a derecha e izquierda y otra al fondo.

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

DOÑA AMELIA, MARGARITA, DON RAMON y TRINCHERILLA; a su debido tiempo, IÑIGUEZ.

MARGAR.—(*Desde el balcón.*) Mamá, acércate.

DOÑA AMEL.—¿Qué pasa? (*Yendo hacia el balcón.*)

MARGAR.—Mira la gente que hay ya esperando para ver salir a Antonio.

DOÑA AMEL.—(*Asomándose al balcón.*) ¡Qué barbaridad! Si han tenido que poner guardias de a caballo.

TRINCHER.—Como que hoy es un día grande para España.

DON RAMON.—Sí que hay expectación.

TRINCHER.—Ahí es nada. La reaparición de "Riverita" en el ruedo madrileño. Los revendedores se han puesto las botas.

MARGAR.—¡Anda! Pues que le diga a usted papá las recomendaciones que ha recibido para conseguir billete.

DOÑA AMEL.—Esto de ser parientes cercanos del ídolo nos ha acarreado una de compromisos...

(Sale Iñiguez por la derecha, seguido de Alamares, que lleva un frasco en la mano y una toalla. Alamares hace mutis por la derecha.)

IÑIGUEZ.—Acabo de darle la embrocación a Antonio. María Luisa estaba empeñada en dársela ella, pero yo no lo he consentido. Los amigos son para las ocasiones. (*Sale "Vitola" por el foro y se queda escuchando.*) No lo querrán ustedes creer, pero estoy tan nervioso que parece que soy yo el que va a torear.

P. VITOLA.—(*Aparte.*) ¡Ojalá!

DON RAMON.—Porque es usted un buen amigo de mi sobrino.

P. VITOLA.—Más que amigo, un hermano.

IÑIGUEZ.—Exactamente.

P. VITOLA.—(*Iniciando el mutis.*) Como que en cuanto se retiró Antonio de los toros se retiró usté también..., pero de su lao.

(Mutis por la derecha.)

IÑIGUEZ.—Este "Vitola" sería feliz queriendo él solo al matador. Vaya, voy a llevarle el traje, que va a empezar a vestirse.

(Coge el traje de luces y se lo lleva por la derecha.)

TRINCHER.—¡Ah, don Ramón! ¿Se ha enterado usted de que el segundo toro de Antonio se ha inutilizado en los corrales y le han sustituído por otro?

DON RAMON.—No sabía una palabra, porque esta mañana no he ido al apartado. ¿Y cómo es el sustituto?

TRINCHER.—Según me ha contado Retana, es un elefante con dos velas de este porte.

(Señalando unos cuernos de buen tamaño.)

DOÑA AMEL.—¡Ay, qué horror! Y si le da una cornada a mi sobrino...

TRINCHER.—No se preocupe usted por eso, porque los toros pequeños también cogen.

DOÑA AMEL.—Eso me tranquiliza.

(Cruza la escena de izquierda a derecha Rosa, llevando en una bandeja una taza de te y una servilleta.)

ROSITA.—(*Al cruzar.*) Ahí tienen ustedes al padre Castañares.

ESCENA II

DICHOS y el padre CASTAÑARES, vestido de paisano y con sombrero ancho negro.

CASTAÑARES.—(*Entrando.*) Señores, buenas tardes.

(Va saludando a todos.)

DON RAMON.—¡Hola, padre Castañares! Creí que no vendría usted.

CASTAÑARES.—¿Fartar yo? Antes farta er presidente. (*Al saludar a "Trincherilla".*) Hola, revistoso. ¿Qué? ¿Han visto ustés cómo está la calle?

MARGAR.—Cada vez con más gente.

CASTAÑARES.—Pues excuso desirles la plasa. Bueno; sabrán ustés que se ha suspendido la procesión.

DON RAMON.—Y no habrá sesión de Cortes.

TRINCHER.—No comprendo cómo la van a suspender.

DON RAMON.—Muy sencillo. Como el presidente quiere ir a los toros, un diputado de la oposición pedirá que se cuente el número, y como no habrá más de seis diputados, pues suspendida la sesión, y a los toros todos los padres de la patria.

TRINCHER.—Lo que quiere decir que el presidente es "riverista". Lo contaré con lo de la procesión. Hoy hacemos un número extraordinario en colores con el retrato del matador y de su familia.

DON RAMON.—Hombre, cuando hable usted de mí no se olvide de decir que he sido bombero honorario en la Habana.

TRINCHER.—Y que posee usted en Santa María de Nieva un valiosísimo museo taurino.

DON RAMON.—Eso no tiene importancia: un par de banderillas y una cabeza de toro.

TRINCHER.—Pero le da a usted cartel.

DOÑA AMEL.—Va a tener que hacer un museo de verdad.

MARGAR.—Los revisteros son ustedes tremendos.

TRINCHER.—A mí no me remuerde la conciencia de haber dicho jamás la verdad. ¿Que está mal un torero? Pues yo le pongo bien. Porque, vamos a ver: ¿lo ha hecho adrede? No. Entonces, ¿a qué viene recordárselo?

CASTAÑARES.—Hace usted bien, amigo "Trincherilla". En cierta ocasión asesoré yo una corrida en la que er "Cuquillo" estuvo pa estrellarlo. El último toro le duró más que un capote de paseo; pues no le di ni un aviso.

DOÑA AMEL.—¿Y se murió el toro?

CASTAÑARES.—De viejo.

DON RAMON.—¿Le convidaría a usted el "Cuquillo"?

CASTAÑARES.—Al contrario: reñimos en la fonda, porque lo que el

"Cuquillo" quería era que salieran los mansos para no ver a aquella fiera. Y es que yo ignoraba que en aquel pueblo no había telégrafo.

DON RAMON.—¿Ha visto usted qué estoques le han enviado de Valencia a mi sobrino?

CASTAÑARES.—(*Cogiendo uno, que desenvaina.*) Superior de verdad. (*Perfilándose como para entrar a matar.*) ¡Y que no tengo yo tipo ni na! Con lo que yo chanelo de toros y mis facultades, ¡el delirio!

(Simula que consuma la suerte de matar.)

ESCENA III

JULIA.—(*Que entra por la izquierda en el momento de "tirarse a matar" el padre Casañares.*) Es usted el vivo retrato de don Luis Mazzantini. Buenas tardes tengan ustedes. (*Se saludan todos.*)

CASTAÑARES.—¡Ay, si yo hubiera sido torero!

JULIA.—¿Y el mataor?

DON RAMON.—Acabándose de vestir.

JULIA.—¿Está muy animao?

DOÑA AMEL.—Algo nerviosillo parece; pero la cosa no tiene nada de extraño. ¡Salir después de año y pico a matar dos toros! Póngase usted en su lugar.

JULIA.—¿Yo? ¡Un demonio!

CASTAÑARES.—Bueno; don Ramón, yo voy a salúar a Antonio, y en seguida sargo pa la plaza en un simón.

DON RAMON.—Pero hombre de Dios, ¿no sabe usted que vamos con mi sobrino en el automóvil? ¿Usted vendrá también, "Trincherilla"?

TRINCHER.—Yo no puedo ir con ustedes, porque si luego le doy un bombo al matador, le sacan punta los aficionados.

JULIA.—Yo le ofresco a usted un asiento en el coche que he traído.

TRINCHER.—Y yo lo acepto gustosísimo. ¡Lo que voy a presumir luciendo una mujer tan guapa!

JULIA.—¿Se quiere usted callar?

ESCENA IV

DICHOS, ALAMARES y ALFONSO el fotógrafo.

ALAMARES.—(*Entrando por el foro.*) ¡Don Manué!

TRINCHER.—¿Qué ocurre?

ALAMARES.—Que está ahí Arfonso er retratista.

TRINCHER.—Que pase en seguida. (*Mutis de "Alamares", que vuelve al momento con Alfonso.*) He mandado venir al fotógrafo para que haga una instantánea antes de ir a la plaza.

ALFONSO.—(*Desde la puerta.*) ¿Se puede?

DON RAMON.—Adelante. Está usted en su casa.

ALFONSO.—Tantísimas gracias.

TRINCHER.—Aquí le presento a don Alfonso Sánchez, que es el mejor fotógrafo del mundo.

ALFONSO.—Servidor de ustedes. (*A "Trincherilla".*) ¿Qué hay que hacer?

TRINCHER.—Un interior, pero íntimo. El matador despidiéndose de su esposa.

DOÑA AMEL.—Y de su familia....

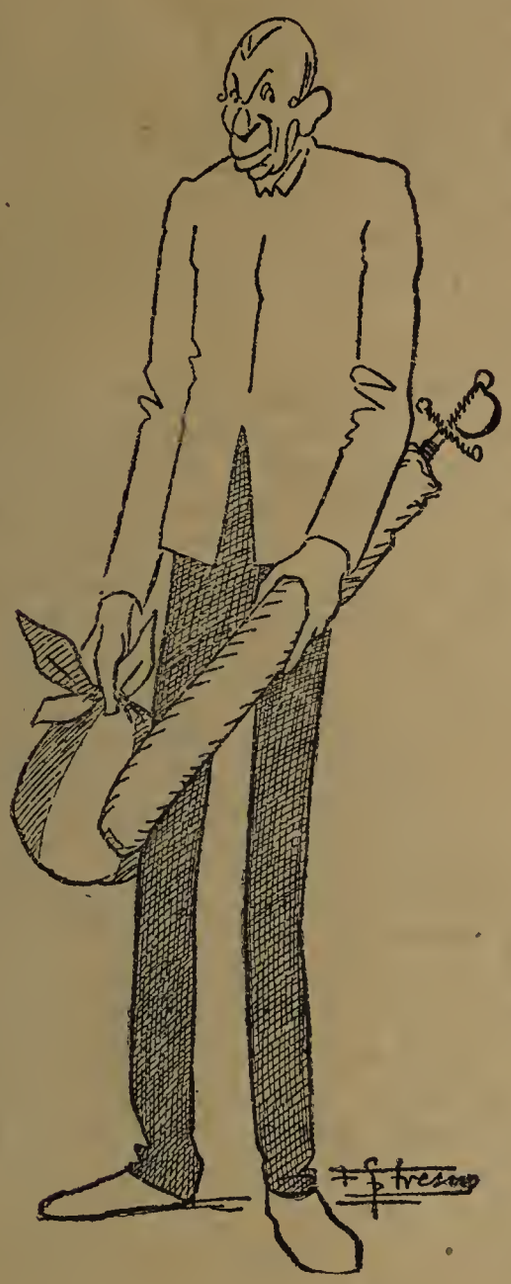
JULIA.—Y de sus amigos. ¡No faltaba más!

DON RAMON.—Pasen por aquí; iremos a su despacho, que supongo que Antonio se habrá acabado de vestir.

(Van pasando por la derecha.)

CASTAÑARES.—Yo voy a saludarle na más. (*Mutis.*)

ALAMARES.—Y a que te enfoquen. ¡Mi pare! ¡Si estuviáis tan hartos de popularidá como yo!...



ESCENA V

ALAMARES y ROSA, que sale por la derecha.

ALAMARES.—¿Se ha acabao de vestí er mataó?

ROSITA.—Ahora mismo le estaba ayudando a poner la chaquetilla el señor Iñiguez.

ALAMARES.—¿Y la señorita?

ROSITA.—Sin apartarse de él ni un momento. ¡Más contenta está! ¡Ya se ve que quiere al señorito! Bueno; es que hay que verle con el traje de luces. ¡Ay el día que te vea yo así vestido! ¡Me vuelvo loca!

ALAMARES.—Pos creo que se va a tardar mu poco.

ROSITA.—Me va a parecer un sueño. ¿Te pondrás un traje encarnao y oro?...

ALAMARES.—Encarnao, no, que paese que vas vestío de muleta y te pue echar mano er bicho.

ROSITA.—Bueno; pues de otro color, pero con mucho oro, y yo te ayudaré a vestir con algunos ministros y diputaos que vendrán a casa, y luego saldré al balcón a decirte adiós, pa que me vea la gente que te estará esperando en la calle como al señorito Antonio. Y cuando se acabe la corrida, ya te estoy viendo venir en una camilla, con muchos chicos detrás, porque te habrá cogido el toro de tanto arrimarte. Y se llenará la casa de marqueses y condeses y periodistas, y a uno que le doy un puro, y a otro unos dulces y copas de Jerez, y yo, que les cuento a todos, uno por uno, cómo ha sido la cogida. ¡Ay!, ¿por qué no será mañana mismo?

ALAMARES.—¡Oye! ¿Te corre mucha prisa que me manden a la bandera? (*Accionándolo como si fuera una cogida.*) Porque te vas a quear viuda antes de casarte.

ROSITA.—Es un digamos.

ALAMARES.—¡Ah!, y te advierto que cuando le coge a uno er toro no es un motivo pa que se arme cuchipanda con cigarros y vino y durses.

ROSITA.—Pues, hijo, con algo habrá que obsequiar a los que vayan a preguntar por ti. Y si no, ya lo verás luego como traigan herido al señorito Antonio.

ALAMARES.—(*Haciendo la señal de ¡lagarto, lagarto!*) ¡Mi pare! ¿Te quies callá y no sé agorera? ¡Qué cariño le ties a las cogías! Si te oye er mataó te despide.

ESCENA VI

DICHOS y VITORIA

P. VITOLA.—(*Por la derecha.*) Tú, "Alamares", que se acerca la hora. Coge los trastos y bájalos al automóvil, que va a salir el matador.

ALAMARES.—En seguía.

(Empieza a recoger los estoques y la esportilla con capotes y muletas.)

P. VITOLA.—¡Ah!, y fíjate si hay en la puerta algún tuerto, y lo espabilas. No lo vaya a ver el matador, que con lo preocupao que está...

ALAMARES.—Descuide usted, que como yo vea a argún borni lo espanto. (*A Rosa.*) Hasta luego, arma mía.

ROSITA.—Adiós, y buena suerte.

ALAMARES.—(*Al mutis por la izquierda.*) Grasias.

ESCENA VI

DICHOS, menos ALAMARES y MARIA LUISA, DOÑA AMELIA, JULIA, MARGARITA, ANTONIO, CASTAÑARES, DON RAMON, IÑIGUEZ, TRINCHERILLA, ALFONSO y SEÑOR DAMIAN

P. VITOLA.—(*Mirando a la primera derecha.*) Ya está ahí la víctima y sus verdugos.

(Salen delante Margarita y Alfonso.)

MARGAR.—No deje usted de mandar una prueba.

ALFONSO.—¡No faltaba más!

JULIA.—(*Que sale detrás.*) ¿Se me verá bien a mí?

ALFONSO.—Seguramente, señora.

JULIA.—Ya estoy deseando que salga esta noche el periódico.

(Han ido saliendo después D. Ramón, Iñíguez, Castañares, doña Amelia, María Luisa y Antonio, por el orden indicado. El señor Damián entra por la izquierda, con traje de americana de color, no muy claro, sombrero ancho gris perla, una corbata encarnada y un bastón de regular tamaño, con el puño de marfil.)

SEÑOR DAMIAN.—A la paz de Dios. No he querido irme para la plaza sin saludarle.

(Le da la mano.)

RIVERITA.—Gracias, señor Damián.

SEÑOR DAMIAN.—Hasta luego, que le traeremos en hombros de la afición. Y que cónstele que el primer purito que caiga en el anillo es éste. (*Enseña uno envuelto en papel de plata, que lleva en el bolsillo de la americana.*) Queden con Dios, y mandar.

(Mutis del señor Damián.)

JULIA.—(*Al fotógrafo.*) Si quiere usted venir con "Trincherilla" y conmigo, le invito al coche.

ALFONSO.—Mil gracias.

DOÑA AMEL.—(*A Antonio.*) Por Dios, querido sobrino, no lleves esa cara. ¿Qué se ha hecho de aquella sonrisa tuya?

RIVERITA.—(*Que revela en su cara la más honda preocupación.*) Es que no voy a un baile de máscaras.

M. LUISA.—Ya lo sabemos, hombre. Pero ¿qué va a decir la gente si te ve con esa cara? Los hombres como tú se deben al público.

IÑIGUEZ.—Ríete, hombre, ríete.

CASTAÑARES.—¿No ves qué contentos estamos todos? Hoy es un día grande.

P. VITOLA.—(*Retorciendo la gorra.*) Hoy me dan a mí las viruelas negras.

JULIA.—(*Dándole la mano.*) Vaya, hasta luego, y buena suerte. Me voy a romper las manos aplaudiendo.

ALFONSO.—Lo mismo digo. (*Le da la mano.*)

TRINCHER.—En honor de usted voy a hacer toda la revista en octavas reales. Hasta luego.

(Antonio está como atontado. Mutis de Julia, Alfonso y Trincherilla por la izquierda.)

DON RAMON.—¿Vamos nosotros para abajo?

RIVERITA.—Como usted guste.

CASTAÑARES.—Hasta luego, señoras.

IÑIGUEZ.—A sus pies.

DON RAMON.—(*A Antonio.*) En el portal te esperamos. (*Mutis de Iñiguez, Don Ramón y "Castañares", por la izquierda.*).

MARGAR.—Mamá, ven; mira cómo está la calle. No se puede dar un paso.

(Doña Amelia y Rosita se acercan al balcón.)

ROSITA.—¡Uf, qué gentío!

RIVERITA.—(*Después de mirar a todos lados y ver que no los observa más que "Vitola", que está cerca de la puerta, se acerca a María Luisa y la abraza con fuerza, como el que no quiere separarse de ella.*) ¡Adiós, mi palomita!

M. LUISA.—(*Dando pruebas de gran entereza.*) Vamos, Antonio, que te esperan. (*Antonio sigue abrazado a ella.*) Tranquilízate, que la Virgen no querrá que te ocurra nada.

RIVERITA.—(*Desprendiéndose de los brazos de María Luisa y llevándose la mano derecha a los ojos como para limpiarse las lágrimas.*) Adiós, María Luisa. (*A "Vitola".*) ¿Has visto? No se ha emocionaó.

P. VITOLA.—(*Desde la misma puerta, al pasar delante de él Antonio.*) Es que llora pa dentro. (*Mutis por la izquierda.*)

DOÑA AMEL.—Acércate, María Luisa, verás qué ovación le van a hacer en cuanto le vean.

M. LUISA.—No me atrevo a asomarme por el qué dirán.

MARGAR.—Mira; allí hay unas cuantas mujeres del pueblo con unos ramos de flores.

DOÑA AMEL.—Como que hoy debía el Gobierno haberlo hecho fiesta oficial.

ROSITA.—Así estará la calle cuando toree mi "Alamares".

MARGAR.—Ya está ahí Antonio. Ven a decirle adiós.

(En este momento se oyen en la calle aplausos y aclamaciones. María Luisa se acerca al balcón y se coloca detrás de doña Amelia, de Margarita y de Rosa. Las cuatro sacan los pañuelos y simulan despedir al diestro mientras cae el telón, sin que cesen los vivas y los aplausos.)

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración que en el cuadro anterior. El telón de boca, que habrá bajado, subirá en cuanto los personajes que hay en escena estén colocados en su sitio. No hay que apagar la batería. Al levantarse el telón, se supone que la corrida está para terminar o ha terminado y. En l escena se advierte que comienza a anochecer. María Luisa está sentada en una butaca, y junto a ella, sentada también, está doña Amelia. Margarita, de pie, junto ál balcón.

M. LUISA.—(*Dando muestras de intranquilidad. A Margarita.*) ¿Ves venir a alguien?

MARGAR.—A nadie.

M. LUISA.—Parece que se retrasan.

DOÑA AMEL.—Pues la corrida debe haber terminado ya.

M. LUISA.—¿Le habrá ocurrido algo?

MARGAR.—(*Yendo hacia su prima.*) Mujer, no digas esas cosas. Papá habría ávisado de algún modo.

DOÑA AMEL.—Eso es que traen a Antonio en hombros desde la plaza.

M. LUISA.—Te engañan tus buenos deseos. Si así fuera, ya habría llegado aquí alguien con la noticia.

DOÑA AMEL.—Pues yo no creo que a Antonio le haya sucedido nada malo.

M. LUISA.—No le conoces. Yo, como le he visto torear muchas veces antes de casarme, sé que tiene un amor propio como ninguno. Antonio es capaz de dejarse coger. Aun me acuerdo de una tarde que le habían silbado en su primer toro, y al salir el segundo le esperó en los medios y le dió un quiebro a cuerpo limpio, tan ceñido, que el bicho se llevó unos alamares en un pitón.

ESCENA II

DICHOS y ROSA, que entra precipitadamente por la izquierda. A poco ALAMARES

ROSITA.—Señorita, señorita...

M. LUISA.—(*Poniéndose de pie.*) ¿Qué pasa?

ROSITA.—Que acaba de llegar en un simón "Alamares", y viene más pálido que la cera.

M. LUISA.—Lo que yo me esperaba.

DOÑA AMEL.—¡Qué habrá ocurrido, Dios mío!

(Entra Alamares, desencajado, y con una cara que le llega a las rodillas. Al verse delante de María Luisa, se queda hecho un pasmarote.)

M. LUISA.—¿Qué ha pasado?

ALAMARES.—(*Como atontado.*) Na. (*Saca un pañuelo y se seca el sudor.*) ¡Por vía e la Pastora!

M. LUISA.—Vamos, hable usted. ¿Cómo viene usted solo?

ROSITA.—¿Ha sucedido algo malo?

ALAMARES.—No se alarmen ustés, que ha sido una hecatumbe.

M. LUISA.—Pero ¡cómo!, ¿está herido mi esposo?

ALAMARES.—Más peó, señorita.

(Un momento de silencio, pues todos se suponen que lo ha matado un toro, y no se atreven a preguntarlo.)

DOÑA AMEL.—¿Peor dice usted?... ¿Le... ha...?

(Todos los rostros revelan la mayor ansiedad.)

ALAMARES.—Más peó. ¡Le han sacao los mansos! ¡Por vía e la Madalena! ¡Los mansos! Er primer toro que le echan ar corrá.

(Llora y se abofetea.)

M. LUISA.—Reviente usted de una vez y cuéntelo todo.

ALAMARES.—Pos verán ustés. Hasen el paseíllo, y estalla una ovación, que er mataó tuvo que dar dos güertas ar ruedo y saluar desde los medios. Y sale el primer toro, ¡con dos cuernos!... ¡Mi pare! Y va er mataor a darle un recorte capote ar braso, de los suyos, y se embarulla, lo entrampilla er toro, lo tira a lo alto..., y por poco rompe una bomba de la lu eléctrica.

M. LUISA.—¿Y lo llevan a la enfermería?

ALAMARES.—Quia. Lo traen a la barrera un poco conmocionao, le arreo una ducha con el botijo, y como nuevo, a torear otra vez.

M. LUISA.—¡Es un valiente!

ALAMARES.—Y tocan a matar, y después de unos cuantos telonazos escurriendo er burto, entra por uvas y pincha en la armórfera. Y entonse empiesan a chuflearse toos los del uno, que son jeresistas, partidarios del "Niño de Jeré". Er mataó se encorajina y da un golletaso, y comiensan a tocale parmita e tango.

DOÑA AMEL.—Entonces, ¿en el otro toro?...

ALAMARES.—En ése fué la hecatumbe. Ar mataó se le calentó er braso pinchando, y no pudo deshacerse de él. Aquer toro era de marfí. Los jeresistas empezaron a desirle ar mataó la ma de improperios feos, y la sirba era tan grande, que yo creo que sirbaban... jasta los arguasiliyos... Y va er consejá y saca er moquero verde, y voy yo dende la barrera y le atiso ar toro candela en buten con un estoque en la barriga, y ¿pa qué les voy a contá a ustés? Me llevan a la presidensia, me ponen sincuenta pesetas e murta, y si no es por el padre Castañares me mandan a la carse, porque er presiente de hoy también es jeresista.

M. LUISA.—¡El primer toro que le echan al corral!

ALAMARES.—Mejó hubiá sío que er primero lo hubiá calao.

M. LUISA.—Pero ¿no ha tenido ningún arranque? ¿No ha hecho nada?

ALAMARES.—Ni na, ni na. Paese que toíta la tarde se estaba acordando de la familia.

DOÑA AMEL.—No te disgustes, mujer; la emoción, un año y pico sin torear.... Ya verás cómo el domingo se desquita.

ESCENA III

DICHOS, el PADRE CASTAÑARES, ANTONIO, IÑIGUEZ, DON RAMON, VITOLA y el SEÑOR DAMIAN, el portero, que saca medio bastón. Entran por el orden citado.

CASTAÑARES.—Ya estamos aquí.

M. LUISA.—¡Antonio!

(Va hacia él, y Antonio la abraza cariñosamente. Se quita la montera, que arroja sobre una silla, y hace lo mismo con el capote. Luego se sienta, dando muestras de gran pesadumbre. Vitola está en un rincón, muy triste.)

IÑIGUEZ.—Ya se habrán ustedes enterado del percance que hemos tenido. Al pobre Antonio le han dado el tercer aviso.

P. VITOLA.—En su casa se lo habían dao ya hace tiempo.

IÑIGUEZ.—Pero no te apures, porque ese toro se le queda vivo a "Frascuelo". (*Pausa.*) ¿Para qué te voy a decir lo que tienes que hacer el domingo, que torearás miuras? ¡Hay que cortar dos orejas!

CASTAÑARES.—Pues ¿y el concejal que presidía? Reloj en mano, he visto yo que faltaba un minuto.

DON RAMON.—Pues el concejal ese se ha caído, porque mañana interpelo yo al ministro de la Gobernación.

DOÑA AMEL.—Y que destituyan en seguida a ese edil.

SEÑOR DAMIAN.—Yo me he quedado ronco llamándole burro (*Enseña el medio bastón.*), y el cacho que falta de aquí lo tiene incrustado en las costillas un señorito silbante.

IÑIGUEZ.—Yo creo que debemos dejar a Antonio con la familia. (*A él le da la mano, y muy risueño, dice*): Nada te digo, porque sé que el domingo habrá que llevar éter a la plaza.

CASTAÑARES.—No estés preocupado (*Risueño.*), que el domingo, con los miuras, demostrarás que eres el amo de la vergüenza torera.

SEÑOR DAMIAN.—Don Antonio, ya suberé por una andanadita pa la prósima, y le advierto que pienso llevar una garrota de cartas de baraja y barra de hierro. Y a ver cómo queda usté, no me tenga que fumar el puritu.

P. VITOLA.—Los miuras no son los del domingo, son éstos.

IÑIGUEZ.—Adiós, señora.

CASTAÑARES.—Señora, buenas tardes.

(Mutis del Portero, Iñiguez y Castañares.)

DOÑA AMEL.—(*A Ramón y a Margarita.*) Vámonos al despacho, que aquí parece que estorbamos. María Luisa, en el despacho estamos.

(Mutis de Don Ramón, Margarita y doña Amelia, primera derecha.)

ROSITA.—(*Haciendo mutis por el foro con "Alamares".*) ¡Como te echen algún toro al corral no vengas a casa!

ALAMARES.—Pa bromitas estoy yo.

(Mutis, segunda izquierda.)

ESCENA IV

MARIA LUISA, ANTONIO y VITOLA

M. LUISA.—Vamos, Antonio, cálmate y cuéntame lo que te ha pasado.

RIVERITA.—Na, que lo que no pue ser no pue ser. Yo salí a la plasa

dispuesto a no dejarme comer el terreno por nadie, a ser el que había sío; pero al salir er primer toro se acabó toa mi resolusión, y cuando trataba de arrimarme como antes, que en cada pase se llevaba el bicho los encajes de la pechera o los alamares de la chaquetilla, sin poerlo remediá me acordaba de mi casa, pensaba en mi palomita de mi arma, y huía, huía, pa que er toro no me tropesara siquiera..., porque esta tarde no me importaban los aplausos, me importabas tú na más. Antes, cuando yo entraba en la capilla de la plasa,

le resaba a la Virgen pidiéndole quear bien, aunque fuera a costa de mi sangre. Hoy, cuando entré a resar, sólo le pedí a la Virgen una cosa: Que la vuelva a ve, aunque quee mal. (*Llora.*)

M. LUISA.—Antonio, por Dios, no digas eso, que es hijo tan sólo del cariño que me tienes. Lo de hoy es un percance. Pero a medida que vayas toreando irás teniendo la misma confianza y seguridad que tenías antes. Ya verás cómo en la primera que torees no te asaltan esas preocupaciones.

RIVERITA.—Esto s'acabao, María Luisa.

M. LUISA.—(*Cariñosamente.*) No te desanimes, hombre, y usted, "Vitola", ayúdeme a tranquilizarle. Mira, ahora, mientras te desnudas, te voy a preparar una taza de tila con un poquito de azahar, y de paso le encenderé

una vela a la Virgen por haberte sacado con bien. Y ya lo has oído a tus amigos: "La afición lo espera todo de ti"... Ya verás cómo el domingo te traen en hombros.

(Le besa y hace mutis, segunda izquierda.)

P. VITOLA.—(*Aparte.*) En hombros de los camilleros.

ESCENA ULTIMA

ANTONIO y VITOLA

RIVERITA.—Esnúame. ¿Has visto? También ella me dice lo mismo. No me quiere. (*Cae con desaliento en una silla, de la que se levanta para que "Vitola" le quite la chaquetilla. "Vitola" empieza a desnudarle.*)

P. VITOLA.—Tóos son iguales, Antonio: tu mujer, los amigos, los admiradores. No te quieren a ti por ti mismo, quieren... al traje de luces que llevas puesto. Tú eres como una lámpara, que, cuando está encendida, vuelan junto a ella muchas mariposillas blancas, y en cuanto que se apaga, huyen en bandada buscando otra luz. Tu mujer, y tus amigos, y tóos, son las mariposillas..., y los caireles de oro relucen más que toas las lámparas juntas. Créeme, Antonio, es mucho brillo ¡el brillo de los caireles! (*Se abrazan.*)

TELON RAPIDO

CÁNDIDO ALONSO Y COMPAÑÍA
Ronda de Atocha, 15.
Madrid.—Teléfono 808.

TAPAS para encuadernar los números publicados por LA NOVELA COMICA

desde el número 1.º hasta fin del año próximo pasado.

Precio: 1,50 pesetas.

Los suscri8tores y coleccionistas, como asimismo los corresponsales, deberán dirigir sus pedidos a

APARTADO DE CORREOS 648

Más de medio siglo de uso.-Universal en bebida y baño.

LOECHES

Agua mineral natural.-Purgante.-Depurativa.

Jardines, 15 — "LA MARGARITA,, — Madrid.

Palacio Hotel de Ventas

Muebles para despachos; comedores, alcobas, gabinetes, salas, en todos los estilos; alfombras, tapices, aparatos de luz eléctrica, porcelanas de Talavera y Manises, juguetes para los niños.

40 amplios salones.—34, Atocha, 34.—Teléfono 860.—Entrada libre.

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.

ORTOPEDIA PRIM. Gran casa constructora de toda clase de aparatos ortopédicos. Piernas, brazos, fajas, bragueros, etcétera. Preciados, 19.—Madrid.

DEL AUTOR DE

LA REVOLTOSA

La pícara Olalla.

por C. Fernández Shaw. **2 reales.**

Guía ferrocarriles «Turismo».

Un real.

HERNIADOS, usen el acreditado «Herniario Prim», por ser el que mejor contiene las hernias. Ensayos gratis.—Preciados, 19.—Madrid.

SOJÁIL

LA BELLEZA POR LA HIGIENE

Para obtener y conservar una espléndida cabellera usad **Higiene del cabello SOJÁIL.** Hace nacer y crecer el pelo, favorece su desarrollo, evita su caída y limpia de caspa la cabeza. *Venta:* en todas las buenas perfumerías. Por mayor, Martín y Durán. J. Pérez Martín y Compañía.

El papel en que se imprime «La Novela Cómica» es fabricación especial de LA PAPELERA ESPAÑOLA

3 0112 115864396

La Historia del Sainete.

Nuestro próximo número de

La Historia del Sainete

constituirá un verdadero acontecimiento literario.

Publicaremos dos inmortales joyas de este género teatral:

La verbena de la Paloma

Y

El señor Luis el Tumbón,

del insigne

D. Ricardo de la Vega

Comienza con este sainetero la verdadera evolución del género. El nos trae a la escena la primera chula jaranera y desenvuelta; el primer mozo de rumbo truhán y decidor; la primera comadre enredadora y chismosa; el primer *guindilla* ecuánime y sentenciador.

La verbena de la Paloma

Y

El señor Luis el Tumbón

son dos magistrales pinturas del vivir castizo madrileño.

Corre por ellos la sana alegría, el pícaro donaire y el más noble sentimiento de la gente del pueblo.

Otro glorioso madrileño,

D. Jacinto Benavente,

prologará con unas admirables cuartillas este volumen, en las que estudiará al sainetero y su obra.

Precio: 20 céntimos.